

SILVER KANE

EL FUEGO DEL AVERNO


COLECCION
LA HUELLA
eb

SILVER KANE

EL FUEGO DEL AVERNO

Colección LA HUELLA n.° 44
Publicación quincenal
Aparece los lunes



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA - BOGOTÁ - BUENOS AIRES - CARACAS - MÉXICO

ISBN: 84-02-03656-2
Depósito legal: B 29893-1975

Impreso en España - Printed in Spain

1.a edición en esta Colección: septiembre, 1975

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de EDITORIAL BRUGUERA S. A.
Mora la Nueva, 2 – Barcelona - 1974

Capítulo primero

La Cadena

La mujer le había dicho:

—Debes tener cuidado. Los muertos te llamarán a veces y te arrastrarán con ellos. Nunca hagas caso de sus palabras ni de sus manos tendidas. No los mires. Deja a los muertos en su mundo. No les sigas jamás porque a veces te estarán llamando desde el infierno.

Y había preguntado James:

—¿El infierno?

—Sí. Los poderes del diablo son infinitos. A veces puede mostrarse a sus propias víctimas. Puede intentar que vayas con ellas y que te arrastren al abismo. Pero no les hagas caso; nunca les sigas. No oigas jamás sus voces ni veas sus manos.

James se había despertado de repente.

Aún recordaba aquella voz.

Le parecía oírla.

Se sentó en la cama y miró el cuarto de paredes acolchadas donde casi siempre estaba recluido Le dijeron que las paredes estaban acolchadas porque la habitación era más bonita así, pero James no era tan idiota. No, a sus doce años no era tan simple. Pensaba más que lo que *los otros* creían. Mucho más.

Y se había dado cuenta ya de que las demás personas no tenían paredes de esa clase. *Sólo él*. Se las habían instalado así desde que tuvo aquella crisis terrible en que la angustia le ahogaba y deseó morir sin saber por qué. Entonces —lo recordaba muy bien— se había lanzado de cabeza contra las paredes porque no tenía otro sistema para matarse. Estuvo dos semanas en el hospital y cuando

volvió las paredes tenían ya aquel aspecto tan distinto. Pero era una tontería, porque jamás volvió a sentir deseos de matarse otra vez. Es más: siempre que lo recordaba, no entendía por qué lo había hecho.

La crisis había pasado y la tranquilidad había vuelto, pero las paredes estaban allí.

Amenazadoras.

Blancas como fantasmas.

Dando la sensación de que en sus relieves guardaban algún secreto.

James encendió la luz, miró la hora y se dio cuenta de que eran las tres de la madrugada. A través de la ventana se distinguía una noche apacible y tranquila Todo estaba en calma, de modo que apagó la luz y trató de dormirse otra vez.

Pero era inútil.

El condenado sueño volvía.

Distinguía otra vez las llamas.

Eran como las llamas del infierno.

Y, desde ellas, cuatro manos ansiosas se tendían hacia él. Sus gestos implorantes le pedían la salvación. Dos rostros~ desencajados le estaban mirando desde aquel aterrador abismo.

James se metió los dos puños en la boca para no chillar.

Estaba como alucinado.

Porque uno de los rostros lo conocía. Era el rostro de… ¡de *su propio padre*!

¡Su padre que le llamaba desde el infierno!

¡Que intentaba atraerle hacia él!

James oyó su propio gemido de horror.

Y aquel gemido pareció llegar desde muy lejos.

Pero él pensaba. Él pensaba mucho más de lo que creían *los otros*. No, no era tan tonto como para no darse cuenta de que su padre no podía estar en el infierno porque estaba vivo. Y además era un buen hombre. No se castiga con el fuego eterno a los buenos hombres. Y no se les castiga, sobre todo, cuando aún palpitan sobre la tierra.

Aquello era un sueño.

James se daba cuenta de eso.

ERA UN SUEÑO.

Pero, sin embargo, lo sentía como si fuera una espantosa

realidad. Oía incluso el crepitar de las llamas. Y aquella mujer… Aquella mujer joven y bonita a la que no había visto nunca… ¿Por qué estaba con su padre? ¿Por qué tendía igualmente las manos hacia él? ¿O es que los hombres están junto a las mujeres bonitas en el infierno?

Dio dos vueltas más en la cama.

La sensación de realidad de todo aquello era espantosa.

Y una brusca desesperación le acometió. Se dio cuenta de que la angustia le invadía otra vez, como aquel día ya lejano en que empezó a lanzarse de cabeza contra las paredes. James era lo bastante listo para darse cuenta de que, si la crisis empezaba del mismo modo, terminaría también del mismo modo, y por lo tanto intentaría matarse otra vez. Dominado por la desesperación, pensó que tenía que salir de allí.

Salir de allí como fuese.

Escapar…

¡ESCAPAR!

Por fortuna no le habían puesto rejas en la ventana porque ya tenían la máxima confianza en él. Además pensaban que no saltaría nunca por allí ya que se encontraba en un segundo piso.

James sonrió al pensar en la inocencia de *los otros.*

No sabían que era muy ágil.

Se deslizó por la ventana, siempre dominado por aquella sensación de miedo, y descendió valiéndose de los relieves de_ la fachada. Cómo su pijama era oscuro, no se veía. Además la casa también era oscura. Suele ocurrir en las viejas y nobles edificaciones, atacadas por la humedad de los acantilados que bordean la zona de Cornualles.

Un momento después estaba en el suelo, en el jardín.

La noche de otoño era maravillosamente quieta y plácida. No se movía ni una hoja. Todos los sueños de horror de James se desvanecieron como si se hubieran convertido en humo.

Qué tontería… Pensar que le llamaban desde el infierno… Y que le estaba llamando su propio padre en compañía de una desconocida… Jamás podría explicar eso a nadie. Los *otros* llegarían a creer de verdad que él era un enfermo.

Fue a volver a la casa.

Y de pronto vio las llamas.

Pero ahora era de verdad.

Estaban allí.

¡Al otro lado del jardín!

¡Eran realmente las llamas!

¡LAS LLAMAS DEL INFIERNO!

James corrió alocadamente hacia allí, por el bien cuidado césped, por esa especie de maravilla vegetal que son los jardines de las casas aristocráticas inglesas. Saltó el seto con la agilidad de un «*poney*». En aquel momento batió una marca de velocidad, aunque él no lo sabía. Hizo todo lo contrario de lo que la mujer le había aconsejado:

—¡No oigas a los muertos! ¡No vayas hacia las llamas del infierno!

Pero, cuando estaba a unos pasos, lo recordó y se detuvo. Estaba paralizado por el horror. Sus músculos se negaban a seguir. Con los ojos desencajados, con la boca casi babeante, contempló todo aquel escenario de pesadilla.

Los dos estaban dentro del coche.

Su padre.

Y la mujer desconocida.

Envueltos por las llamas en el vehículo incendiado.

Sin posibilidad de huir.

Estremeciéndose de miedo y de horror.

Llamándole.

Tendiendo las manos hacia él.

¡Como en el sueño!

¡IGUAL QUE EN EL MALDITO SUEÑO!

James gritó también de horror.

Fue a tender las manos porque quería ayudar a su padre. Con toda el alma quería ayudar a su padre. Pero el contacto abrasador del fuego le hizo girar sobre sí mismo con un aullido de dolor. Al fin y al cabo no era más que un niño. Cayó de rodillas mientras se ponía a chillar, mientras las llamas que envolvían el coche se hacían más y más altas, hasta adueñarse por completo de la noche.

No supo cuánto tiempo estuvo así.

Gimiendo y llorando su propia impotencia.

Quizá estuvo así mucho rato, hasta que los aullidos se fueron extinguiendo.

Hasta que los rostros desaparecieron.

Hasta que las manos que le llamaban se esfumaron también poco a poco en las profundidades del infierna.

CAPÍTULO II

UNOS PASOS MÁS

Sí; éste había sido el principio de la cadena.

Y allí estaban los restos de la pesadilla, los vestigios del Más Allá en los que no quería creer.

Los restos calcinados del coche, rodeados de policías.

Los ataúdes.

Y el rostro muy blanco y casi desencajado de su madre.

James nunca olvidaría su voz:

—Ha muerto junto a otra mujer… Me estaba engañando. ¡Ha muerto junto a otra mujer!…

El doctor Ponar, el único médico a quien James había conocido en su vida, acarició la cabeza al chico. Gran tipo aquel doctor Ponar, que siempre estaba junto a él, aunque en realidad formaba parte del grupo de sus enemigos, del grupo de *los otros*. James sintió que se le contraía la garganta al ver llorar a su madre.

—Por favor —dijo Ponar—. No está bien que el chico permanezca aquí. Hay que ahorrarle todo esto.

Un policía solemne y estirado, el típico *policeman* de las historietas vino hacia él.

—Tendrás que marcharte chico. Anda, yo te acompañaré. Podemos hablar de fútbol mientras tanto, ¿sabes? ¿Cuál es tu equipo favorito? ¿El Chelsea?

El equipo favorito de James era el viejo Arsenal, pero en este momento no se acordó. Seguía estando casi aterrorizado. Dirigió una mirada de soslayo a los ataúdes mientras la voz de Peter, el jardinero que le había visto nacer, susurraba:

—Anoche, a la hora justa de este terrible accidente, oí llorar a James. Y luego le vi saltar por la ventana. Cuando me disponía a detenerle, porque avanzaba locamente hacia la carretera, vi también las llamas del coche. Parecía enteramente… ¡como si el chico lo hubiera adivinado!

Un inspector delgado y bilioso, que al parecer se llamaba Ramudsen, vino hacia James.

—¿De veras lo adivinaste, chico? ¿Por qué gritabas? ¿Qué te pasó?

—Vi las llamas.

—¿Que llamas?

—Las del infierno.

Y volvió la cabeza. No podía soportar aquello más. Fue entonces cuando gritó con voz crispada:

—¡No quiero que me vuelvan a llevar a casa de la señora Towers! ¡Fue ella la que me dijo que no debía hacer caso de los que me llamaran desde el infierno! ¡Y como ella había dicho sucedió! ¡ME LLAMARON!

Tuvo que ser sujetado por los brazos de Peter, ya que de lo contrario quizá James se hubiese proyectado contra las paredes de la casa. El jardinero lo estrechó contra sí. Mientras tanto el bilioso inspector Ramudsen gruñía:

—Bueno, supongo que el chico debió tener la sensación de estar viendo el infierno al encontrarse ante las llamas del coche. Y, realmente, aquello lo era. ¿Pero quién cuerno es la señora Towers?

—Le pone a veces algunas inyecciones —contestó el doctor Ponar—. Yo no lo hago porque tengo muy malas manos y además soy un siquiatra, no un médico de cabecera. Pero lo malo de esa mujer es que debe ser medio bruja. Parece que se ha aficionado al espiritismo y todas esas cosas.

—Parece mentira, doctor Ponar —masculló Ramudsen—. Un chico que está… Bueno, que está algo mal de la azotea y a usted no se le ocurre más que enviarle a que le ponga las inyecciones una aspirante a bruja.

—Es la única enfermera que hay por aquí —se defendió el médico—, pero a decir verdad yo no imaginaba que estaba calentando la cabeza al chico. Les aseguro que no va a volver a esa casa y que además pronto se recuperará de los efectos de lo de

anoche. Les doy mi palabra de honor.

Se llevó a James. Ponar era el hombre que siempre sabía encontrar la palabra acertada, la frase justa, el gesto tranquilizador. No en vano era un siquiatra que se pasaba la vida tratando con personas difíciles. Mientras se llevaba a James tuvo la habilidad de hablarle de los últimos resultados de la Liga inglesa, como si nada hubiera ocurrido.

Luego le dejó solo.

Tenía que responder a nuevas preguntas de los policías, que querían saber si era lógico que el doctor Albert, el padre de James, hubiera regresado a aquellas horas de la noche anterior. Ponar dijo que sí, que era lógico porque ambos trabajaban como médicos en la comarca. Con la diferencia de que la especialidad, de Albert era mucho más incómoda, puesto que se trataba de un, ginecólogo. Y ya se sabe la especialidad que tienen las mujeres de ponerse a parir a las tres de la madrugada.

—¿Pero es que había recibido algún aviso?

—Debió recibirlo —dijo la madre de James.

Él lo oía todo desde detrás de los setos, cuando la gente que estaba allí creía que se hallaba en su habitación. Y es que James era más listo que *ellos*, más astuto que *ellos*. Lo sabía. Captó la voz recelosa del inspector Ramudsen:

—Pero la mujer que estaba junto a él no era precisamente una parturienta. ¿De quién se trataba?

—No lo sé.

—Parecía joven, ¿verdad? Y bonita.

El doctor Ponar susurró:

—Por favor…

Sabía que aquello lastimaba a la viuda. No sólo había pasado por un terrible trance, sino que además había visto el cadáver de su marido —o lo que quedaba de él— junto al cadáver de otra mujer. Sólo faltaba ahora que las palabras del policía viniesen a ahondar en la herida.

Pero Ramudsen no debió darse por aludido, ya que con una total falta de tacto continuó:

—¿Sabe? Hemos preguntado a todas las mujeres en estado de buena esperanza que estaban a cargo de su marido. Y ninguna recuerda haberle llamado anoche. Tampoco esperaba el parto tan

pronto ninguna de ellas, de modo que el doctor Albert se hubiese extrañado caso de recibir un aviso. Pero no se extrañó. Y es que tenemos la casi absoluta seguridad de que no le llamó ninguna de sus pacientes.

*Era como decir: «*Bueno, que tenía un lío».

Su falta de delicadeza resultaba abrumadora. La viuda lanzó mi gemido. Poco a poco, mientras se retiraba, el inspector Ramudsen se puso una pipa en la boca.

Y James vio entonces aquella cosa sorprendente.

Oscar, otro de los viejos jardineros, estaba cortando con hacha uno de los más venerables árboles del parque. Era un magnífico castaño que quizá tenía más de cien años. Aquel sacrificio no tenía lógica, puesto que el árbol no estorbaba y además era muy hermoso. Pese a su juvenil edad, James amaba los árboles. Ante aquel hecho insólito, se olvidó incluso de la tragedia del día anterior y de la muerte de su padre.

Fue hacia Oscar.

—¿Por qué lo cortas?

*Oscar le miró con lástima, como si pensara: «*Este chico tiene mala suerte. Padece alucinaciones y además se ha quedado sin padre. La familia tiene dinero, es verdad. ¿Pero de qué sirve eso ahora?».

Intentó sonreír.

—Hola, chico —dijo.

—No has contestado a mi pregunta: ¿por qué lo cortas?

—Tu padre me lo pidió.

—¿Mi padre?…

—Sí, de acuerdo, ya sé que es extraño… Él amaba a los árboles, y además éste lo plantaron sus abuelos. Pero me lo pidió muy formalmente, ¿sabes? Y me lo señaló: «Éste lo tumbas y que la leña sirva para la chimenea». Yo le dije que una madera tan buena podía ser vendida a buen precio a un ebanista, pero insistió: «*He dicho que lo cortes* y *quemes la leña en la chimenea. No olvides hacerlo*».

Y Oscar añadió:

—No puedo desobedecerle puesto que es una especie de última voluntad, ¿sabes? Me lo dijo precisamente ayer, pocas horas antes de morir. Y yo lo siento mucho, pero voy a hacerlo.

—¿Y por qué precisamente este árbol?

—No lo sé, chico. La gente es algo extraña, ya sabes… Hala,

apártate no te vaya a hacer daño.

James apretó los labios con angustia porque aquel árbol lo había conocido siempre. Con voz temblorosa pidió:

—Obedece la última voluntad de papá, Oscar, pero hazme un favor; No quemes esa madera. Amontona los pedazos en el viejo granero. Si alguien te pregunta, di que los has ido entregando para las chimeneas y que el árbol está quemado ya.

—Pero ¿por qué, muchacho? En el viejo granero puede decirse que sólo entras tú. ¿Qué vas a sacar en limpio?

—Nada… Sólo que yo quería este árbol y no me gusta que desaparezca.

—De acuerdo, de acuerdo… Te haré caso. Y ahora lárgate… Aunque… Oye, ¿es verdad que tú adivinas las cosas?

James no contestó.

Sentía un intenso, un helado horror. Era como si tuviese miedo de sí mismo.

Al bordear la casa para volver a su habitación, oyó a través de una de las ventanas el aparato transistor de una de las sirvientas. Estaba dando el boletín de noticias. James se detuvo para oír si decían algo de su padre (puesto que su padre era un hombre importante en la comarca), pero la radio decía simplemente en aquel instante: «El presidente Kennedy y su esposa Jacqueline han visitado oficialmente París. Los actos revisten una extraordinaria brillantez y los ilustres huéspedes están siendo objeto, por parte del pueblo francés, de un cálido recibimiento…».

* * *

Un par de meses más tarde murió Oscar, el jardinero que había talado el árbol. Y también parecía como si James hubiera adivinado las cosas, porque en los últimos días estuvo siempre junto a él, le ayudó en pequeños trabajos y fue más cariñoso que nunca con el viejo servidor de la familia. Hasta que de pronto éste tuvo un ataque cardíaco y expiró. Por lo menos no hubo en aquella muerte nada de sospechoso.

Pero James estaba espantosamente triste y percibía un agobio desconocido mientras pasaba las horas en el granero donde sólo entraba él, captando sobre el tejado el ruido intermitente de la lluvia. El mar de las costas de Cornualles rugía estruendosamente y

los golpes de las olas llegaban hasta allí, hasta la gran residencia. De pronto la atmósfera se había vuelto inhóspita, casi cruel, y hasta en los menores rincones se había teñido de gris. En el aire flotaba una inmensa tristeza.

James miraba el tronco partido del viejo castaño, mientras pensaba una y otra vez por qué razón su padre había mandado cortarlo. Era como si hubiese querido destruir (él, tan ordenado y cuidadoso siempre) un viejo recuerdo de la familia, un objeto entrañable. Claro que el árbol aún continuaba allí, aunque sólo James lo supiese ahora, después de la muerte del pobre Oscar. Porque Oscar había dicho a todo el mundo que sí, que la madera del árbol estaba ya consumida en las chimeneas, y la gente lo creía. Además los de la casa tampoco iban a fijarse en detalles así.

James contemplaba el árbol.

Era como si viese el cadáver de un viejo y entrañable amigo.

Y de pronto oyó un ruido sobre su cabeza. Al alzarla vio a Sybil, su hermana menor, que jugaba a lo que había jugado casi siempre: a subir a la parte más alta del granero y deslizarse por una cuerda que colgaba del techo. Cuando estaba a un par de metros sobre las losas que formaban el suelo, se dejaba caer con una pasmosa agilidad. James la había acompañado a veces en aquel ejercicio.

Pero ahora tuvo miedo.

Bruscamente tuvo miedo.

—¡Sybil! —gritó.

La niña estaba colgada de la cuerda en lo más alto del granero, a unos diez metros sobre las losas de piedra.

—¿Qué pasa? —le preguntó riendo.

—¡No hagas eso! ¡Puedes caerte!

—¡Qué idiota eres! Nunca me he caído.

—¡Pero esta vez no me gusta! ¡Vuelve a la plataforma! ¡No quiero que estés ahí!

—¡Qué tonto eres, James! Si tú a veces me has acompañado…

—¡Fuera de ahí te he dicho!

—¡Idiota, más que idiota! ¿Es que adivinas las cosas como adivinaste la muerte de papá? —Sybil sólo tenía cinco años y la muerte de su progenitor no la había impresionado en absoluto, Para ella, todos los que pasaban de los treinta años eran unos rematados viejos que habían de morirse de un momento a otro.

James apretó los puños con rabia. De pronto una especie de ira indomeñable se apoderó de él. Le molestaba que dijesen que él adivinaba las cosas, que era una especie de brujo. No podía soportarlo, y menos en boca de Sybil.

De modo que subió a grandes zancadas por las viejas escaleras de madera, las que llevaban a las diversas plataformas del granero. Oía el ruido de sus pasos como si sonara en otro sitio: «*Blam… Blam… Blam…*». Otra vez le acometía el ansia terrible que le acometió en cierta ocasión: la de lanzarse de cabeza contra las paredes para acabar de una vez con aquellas pesadillas.

Llegó arriba.

Y entonces se produjo el alarido de su hermana.

Aquel grito de horror.

Y aquel siniestro silbido del aire al ser cortado por un cuerpo que cae.

Luego el «*Blaaaam*» espantoso al estrellarse contra las losas.

James miró desde arriba.

Vio el cuerpo sobre la piedra.

Y la mancha de sangre.

Y entonces todo empezó a dar vueltas en torno suyo. Gimió espasmódicamente. Tuvo que sujetarse a un saliente porque el granero giraba. Como en una danza alucinante, como en una pesadilla sin nombre, todo daba vueltas, vueltas, vueltas…

* * *

La radio del coche patrulla estaba diciendo en aquel momento:

—… *«Seguimos con noticias de nuestras corresponsales en Estados Unidos: el presidente Kennedy ha apoyado el programa para una amplia confirmación de los derechos civiles de los negros. Se supone que el proyecto tropezará con serios obstáculos en el Congreso y que…».*

Otro policeman seco y estirado como un palo, igual que los que salen en las historietas, hizo una seña al conductor del coche patrulla:

—Apaga la radio, hombre. No podemos enteramos de lo que se habla aquí.

Porque la verdad era que hablaban en voz baja, y aunque James estaba allí, apenas se enteraba de nada. Un inspector bigotudo decía sin mirar a nadie:

—La cuerda había sido segada por un cuchillo grande, muy

afilado. Como estaba tensa a causa del peso de la niña, no resultó tan difícil. Pero yo no creo que el chico lo hiciese.

No tenía ningún motivo para odiar a su hermana.

—De todos modos fue el único que apareció allí —dijo otro de los policías—. El único que *pudo* hacerlo.

James escuchaba aterrorizado. Como siempre, estaba escondido entre los setos y no le veían. *Los otros* habían dejado de vigilarle y por eso podía estar allí. Oyó otra voz espesa que refunfuñaba:

—Hay que tener en cuenta que es un anormal.

—¿Pero anormal en qué sentido? Yo lo encuentro muy pacífico y muy tranquilo. Y hasta me parece un sentimental de esos incapaces de hacer daño a nadie.

—Ésos suelen tener una doble personalidad. Son los peores.

—No digas tonterías. No discuto lo de su hermana, pero está muy claro al menos que a su padre no lo mató él.

—Cierto. Fue un accidente que aún no se ha aclarado, ya que un «Wolseley» no se incendia así como así. Pero hay una cosa cierta: también el chico apareció al lado del lugar de la tragedia.

—Casualidades.

—Lo que digo es que pudo haberse impresionado de tal modo que eso aún castigó más su mente. Y le hizo capaz de un momento de locura, como el de cortar la cuerda que sujetaba a su hermana.

—Hablamos por hablar. Se le someterá a un examen siquiátrico oficial y en paz, pero yo no le creo capaz de eso.

—Bueno… al margen de ello está el hecho indudable de que parece adivinar las cosas.

—¿Qué quieres decir?

—Que los sujetos con doble personalidad tienen a veces cualidades extrañas, casi increíbles. Lo ves y te parece mentira.

—Lo de su padre estuvo relacionado con las palabras que le dijo una especie de bruja llamada señora Towers, y que al chico le impresionaron mucho. Ya sabéis hasta qué punto afecta eso a los enfermos, Pero no ha vuelto a ir allí.

De pronto una voz más autoritaria que las otras cortó el diálogo.

—Estamos dando opiniones y murmurando como si fuéramos comadres —dijo aquélla voz—, pero sin tener idea de lo que se habla. ¿Qué ha dicho el doctor Ponar?

—El doctor Ponar ha atendido al pequeño desde que éste

empezó a sufrir crisis nerviosas. Lleva, pues, unos ocho años con él, puesto que su salud mental empezó, a inspirar cuidado a los cuatro años más o menos. Él dice que los trastornos no tienen importancia: que el chico no es agresivo, sino todo lo contrario. Que ama a las personas, a los pájaros, a los perros y hasta a los árboles. Que sus crisis no son crisis de maldad, sino al revés, porque a James parece que le aterrorizan las crueldades del mundo que a los demás ya nos dejan indiferentes. De modo que, según Ponar, ese chico no provocó la muerte de su hermana ni siquiera por accidente. Es incapaz de matar una mosca.

—Pues menudo defensor tiene el pequeño… —dijo la voz autoritaria.

—Bueno, no lo dice sólo él.

—¿Quién más?

—Los siquiatras oficiales que le han examinado por orden del juez también piensan lo mismo.

—Por lo tanto hay que descartar al chico…

—Completamente.

—Lo cual complica las cosas. Porque eso quiere decir que se trata de un asesinato sin explicación alguna.

Y hubo un brusco silencio.

James temblaba en su escondite.

La voz autoritaria dijo secamente:

—¿Qué sospechosos tenemos? ¿Quién puede tener interés en la destrucción sistemática de toda esa familia? Porque me lo está pareciendo…

—Es demasiado horrible para creerlo, inspector.

—Las dos muertes han sido horribles. Todo es horrible. ¿Y qué quiere que hagamos?

¿Pedir la jubilación anticipada porque el asunto no nos gusta?

—Existen bastantes parientes —dijo otra voz— que quizá ambicionen la fortuna de los Davenport. Si eliminaron al jefe del clan, suponiendo que lo del coche no fuese un accidente, y ahora han eliminado a una de las niñas, pueden irse cargando al resto como si tal cosa. Por lo tanto cualquier pariente cercano, con capacidad para heredar, es sospechoso. Hay que empezar a trazar la historia de todos ellos y a seguir sus movimientos uno por uno. Mal asunto, pero se hace indispensable. Ni un cabo suelto, ¿entendido?

Ni un cabo suelto.

Los policías se dispersaron. James se agazapó aún más entre los setos porque pensó que iban a descubrirle, pero por fortuna para él no ocurrió nada. Sólo oyó una voz algo atiplada que decía:

—Eh, inspector.

—¿Qué pasa?

—Yo no me olvidaría de vigilar también al chico…

James se escabulló vertiginosamente, como la sombra de un animal, mientras sobre el inmenso parque empezaban a caer las primeras sombras de la noche.

CAPÍTULO III

EL RINCON DE LOS RECUERDOS

¿Cuánto tiempo había pasado? ¿En qué consistían aquellos días grises, indiferentes, lejanos que parecían no estar apuntados en ningún calendario? ¿Qué era en realidad el tiempo? ¿Cómo comprender y dar un sentido a todo lo que estaba sucediendo?

Después del entierro de Sybil, los policías no habían parado de hacer indagaciones. Al parecer existían varios sospechosos entre los parientes cercanos, pero todo quedaba por ahora en interrogatorios interminables. También James fue interrogado y llevado de un lado a otro, de siquiatra en siquiatra. Pero gracias al doctor Ponar, quedó clara una cosa: él era incapaz de aplastar una mosca.

Seguía siendo un gran tipo aquel doctor Ponar.

Era el único hombre en quién podía confiar, aunque le vigilase continuamente y formara parte también del mundo de *los otros*, los que le asediaban, los que habían puesto paredes acolchadas en su habitación, los que le consideraban un enfermo.

En cambio había otros que eran distintos. Había parientes de mirada hosca que eran capaces de asesinar a toda la familia Davenport con tal de arañar un poco de la herencia. Quizá el único que se salvaba era Peter, quien siempre había estado enamorado en secreto de la madre de James, aunque ése fuera un secreto que todo el mundo sabía. Pero Peter era un romántico de quien nadie hacía caso. Incapaz también de matar a una mosca. Cuando la madre de James se casó, él llevó su desengaño y su dolor al extremo de querer suicidarse, como los personajes de las novelas de otros tiempos. Y ahora, al cabo de trece años, aún seguía enamorado

como el primer día, pero todo el mundo sabía que no era más que un pobre majareta.

Mientras pensaba en todo eso, James penetró de nuevo en la casa. El cielo estaba gris, encapotado; era tan triste como una losa sepulcral. ¿Por qué el cielo tenía casi siempre aquel color en la región de Cornualles? ¿Por qué tanta tristeza? ¿Por qué el color gris se había llegado a meter hasta los sesos de James?

Avanzó por las viejas habitaciones.

Todo estaba vacío y silencioso.

Parte de los criados habían sido despedidos porque en la casa ya no tenía lugar ningún acto social. No se daban fiestas, no se recibía a nadie. La vida era como una inmensa pesadilla para Ethel, la joven viuda, que en poco tiempo había visto morir trágicamente a su marido y a una hija. Y encima a su marido en compañía de otra mujer.

James miró los retratos.

Casi todos eran de su madre.

Y aunque él no estaba todavía en edad de apreciar la belleza de una mujer, se daba cuenta de que era muy hermosa. Cuando se casó, a los dieciocho años, era «*miss* Inglaterra». Ahora, trece años más tarde, tenía treinta y uno, pero por su aspecto cualquiera hubiese dicho que no pasaba de los veinticinco. La superior edad le había dado una dulzura, una distinción, una calidad que antes quizá no tuvo. Se comprendía que los hombres aún se volvieran a mirarla en la calle y que el pobre Peter siguiese enamorado de ella.

James abrió uno de los armarios.

Vestidos de su madre.

Todos viejos vestidos pasados de moda. De la época de «*miss* Inglaterra». Pero no era extraño que los hubiese conservado porque Ethel lo guardaba todo.

James siguió avanzando.

Los recuerdos le hacían daño.

Se sentía atormentado por aquel ambiente opresivo.

Penetró en el cuarto de su hermana Sybil, la muerta. Todo estaba tal como ella lo dejó, con los juguetes incluso apilados junto a la cama. Los dedos trémulos de James tomaron uno de ellos: era un viejo tambor que imitaba a los de los granaderos. Ya sonaba mal porque tenía una pequeña hendidura en un costado. James lo dejó

como si tuviera miedo, como si por unos instantes hubiera tocado la piel de la muerta.

Y entonces oyó los pasos.

Pasos silenciosos.

Como de fantasma.

La puerta se abrió y entró la señora Towers.

James no la había visto desde poco antes de la muerte de su padre, cuando la señora Towers le advirtió que le llamarían desde el infierno. Era una mujer de unos sesenta años, de ojos penetrantes, a la que la gente temía. Se rumoreaba de ella que tenía la virtud de la telekinesis, o sea que podía hacer mover los objetos. También adivinaba el porvenir echando las cartas o simplemente mirando la posición de los astros. La señora Towers siempre decía que somos unos ingenuos y que tenemos más vidas de las que creemos nosotros mismos.

Puso una mano sobre el hombro de James.

Éste sabía que era un gesto cariñoso, pero sin embargo notó aquellos dedos como si fueran garfios helados.

—¿Por qué no has vuelto más? —preguntó suavemente.

—El doctor Ponar… me dijo que no fuese.

—¿Es que desconfía de mí?

—No sé… Parece que lo pensaron… Bueno, él y la policía.

—¡Qué estúpidos son, qué inmensamente estúpidos! No se dan cuenta de que sólo quiero tu bien y el bien de todo el mundo. Lo que pasa es que veo más allá de los otros. Me doy cuenta de que la gente sigue viviendo.

—¿Viviendo? ¿En qué sentido?

—En el de que los muertos están aún aquí. Nos miran y nos comprenden. Es una estupidez pensar que nos dejan para siempre. En realidad nos envían mensajes, buenos o malos, y nos ofrecen su compañía.

James se estremeció.

—¿Quieres decir que… que mi hermana Sybil está aquí todavía? —musitó.

—Por descontado que sí. Y te irá enviando mensajes que tú recibirás si eres listo. No olvides esto: está junto a ti… Está junto a ti… *Siempre…*

James volvió a estremecerse.

No podía negarlo.

Tenía miedo…

La puerta se abrió entonces de golpe. Uno de los sirvientes que aún quedaban entró acompañado por el inspector de Scotland Yard que siempre vigilaba la casa, aunque el muy bestia fingía ser ayudante del jardinero como si el resto de los mortales fueran idiotas.

Ahora se quitó del todo la careta.

—¡Vieja bruja! —gritó—. ¡Largo de aquí o te llevo a Scotland Yard! ¡Fuera, maldita! De modo que colándote de matute en las casas, ¿eh? ¿No sabes que eso es allanamiento de morada y que te puede costar un par de años de cárcel?

Se la llevaron a la fuerza, casi arrastrándola, aunque la señora Towers no hizo resistencia por ningún lado. Nunca la hacía. James quedó solo otra vez mientras se sentía más triste que nunca, mientras la angustia atenazaba su garganta.

El inspector gruñó antes de desaparecer:

—Y ese chico… Ese chico que tiene dos personalidades, a cual más peligrosa… ¡Cualquiera se fía!

* * *

A James le habían dado permiso en su severo colegio de Mooren Hill para que tomara unos días de vacaciones con motivo del verano. Por aquel entonces ya tenía algo más de corpulencia, mayor estatura y el mismo carácter tímido. Pese al poco tiempo transcurrido desde los acontecimientos de su casa, había cambiado y era más hombre. También el mundo había ido cambiando, por supuesto.

Espectaculares acontecimientos se fueron produciendo: el asesinato del presidente Kennedy en Dallas; el recrudecimiento de la guerra de Vietnam; el endurecimiento de las posiciones antagónicas en Oriente Medio; el empobrecimiento de la industria británica, la consolidación del general de Gaulle… Todo eso en poco tiempo, realmente. Pero a veces James pensaba que aquello era absurdo y que, como decía la señora Towers, *el tiempo no existía.*

Decidió aprovechar aquel breve permiso para visitar a Evelyn, su única hermana, que estaba en un internado de Walpole, uno de esos colegios caros donde se enseña equitación, tenis, natación, buenos

modales y una razonable dosis de hipocresía. Todos los alumnos hacían ya sus vacaciones de verano, pero James y Evelyn no, Y era porque la policía pensaba que sus colegios eran los sitios más seguros en que podían hospedarse.

Scotland Yard no había abandonado la idea de que estaba en marcha un verdadero complot para asesinar a toda la familia. Vigilaba a los posibles herederos de una manera discreta, pero continuada y tenaz. Protegía a Ethel, la joven viuda que ahora estaba sola en la inmensa residencia solariega. Ojos discretos la vigilaban día y noche, ojos cuya existencia ella misma desconocía.

Si James decidió ir a ver a su hermana al colegio de Walpole fue en parte porque llevaban mucho tiempo sin encontrarse y en parte porque el día antes había recibido un inquietante llamada. Era una llamada de la señora Towers.

—James, hijo mío, ¿estás ahí?

—Sí, señora Towers. ¿Cómo es que me llama? ¿No sabe que tenemos prohibido recibir avisos por teléfono?

—He engañado al de la centralita. Le he dicho que era tu madre. Confío en que ahora no me esté escuchando.

—No lo hará, señora Towers. Ahora mismo estará tonteando con la chica del escritorio creyendo que no se da cuenta nadie. Y perdone tan mala educación.

—Es que los chicos de ahora sois imposibles… James… ¡tienes que hacerme un favor!

—Diga, señora Towers.

—Un favor, un favor… ¿Pero qué digo? ¡No me lo tienes que hacer a mí, sino a tu hermana! ¡Ella está en peligro!

—¿Evelyn?

—¡Pues claro! ¿Qué otra hermana te queda?

—No acabo de entenderla, señora Towers.

—Yo tampoco lo veo muy claro… ¡Sólo sé que está en peligro! Fue un sueño… Ya sabes lo que dice la gente.

—Sí, señora Towers: que usted adivina el porvenir.

—Y tú también podrías adivinarlo, muchacho. Con lo sensible que tú eres… ¡Ah, si yo te educara! ¡Harías maravillas!

—No quiero hacer ninguna maravilla, señora Towers. Y tampoco me gusta que la gente diga que adivino cosas. Y ahora hable claro: ¿de qué se trata?

—Tuve un sueño muy malo en el que veía bastantes cosas.

—¿Cuáles?

—En primer lugar tú hermana Evelyn riendo.

—Eso no es tan malo.

—En segundo lugar, he visto agua.

—Tampoco es tan malo eso en verano. ¡Qué cosas tiene usted, señora Towers!…

—Y, por fin, he visto también a tu hermana Evelyn, pero estaba muerta. La arrastraban por la hierba. ¿Sabes qué te digo?… ¡Que eso no me gusta nada! ¡Tienes que ir enseguida a verla! ¡Tienes que decirle que se aleje de los sitios donde hay agua!

—El colegio de Walpole no está cerca del mar, señora Towers.

—Es igual… ¡Vete!

La voz de la vieja dama había sido angustiosa, patética.

Y James estaba yendo ahora hacia Walpole, Una especie de fría decisión le animaba, y al mismo tiempo sentía miedo, un miedo que le corroía por dentro, A veces pensaba que era cierto lo que decían algunos de su doble personalidad, porque en ciertos momentos no se reconocía a sí mismo.

Pero todo parecía marchar bien en Walpole.

El aristocrático colegio estaba casi vacío. Todas las alumnas habían marchado de vacaciones excepto unas pocas cuyos padres estaban en trámites de divorcio. Aparte de Evelyn, que permanecía allí por consejo de la policía.

La chica estaba alegre.

Reía.

Y fue lo primero que James vio de ella.

Su risa.

Tal como seguramente la había visto en sueños la señora Towers.

—Hola, James… ¿Qué haces con esa cara? Ni que vinieras de un velatorio… ¡Anímate, hombre!

James trató de sonreír también.

—He venido a hacerte una visita. Me han dado permiso en el colegio.

—Pues has llegado tarde.

—¿Por qué?

—Ya es de noche. No puedes quedarte mucho tiempo, porque

los reglamentos lo prohíben.

—Es igual, volveré mañana.

—¿Y dónde vas a dormir?

—En la ciudad tenemos a la señora Patton, que es pariente de mamá. Ella me dejará pasar la noche en su casa.

—Bueno, James… Pues adiós… ¡Hasta mañana!

Ésta fue toda la entrevista. Su hermana Evelyn no tenía el menor interés en verle, y se comprendía fácilmente. A una chiquilla en vacaciones más bien le molesta la familia. James salió del viejo edificio del colegio. Todo estaba tranquilo en el parque. Las sombras de la noche habían caído ya, pero aquello no era siniestro ni mucho menos. Al contrario, se oían risas.

Vio pasar corriendo a algunas muchachas en bañador.

Pese a lo avanzado de la hora debían venir de la piscina. Y no era extraño, porque en julio hacía un calor sofocante en las cercanías de Walpole.

Todas le señalaron.

Y le hicieron gestos procaces.

—¡Mirad! ¡Un chico! ¡Un chico!…

Sus familias creían que estaban muy educadas y para eso pagaban las facturas más altas de Inglaterra, pero ya, ya…

Al final una de ellas dijo:

—¿No veis que es un pequeñajo? ¡Si ni siquiera sabe lo que es esto!

Y empezó a quitarse el traje de baño.

Las demás la empujaron y la hicieron desaparecer de allí.

James estaba un poco sofocado, porque las intimidades de la anatomía femenina le daban una cierta angustia. Decidió largarse de allí y no volver. Pero cuando estaba casi en la puerta se detuvo como si le hubiera acometido un calambre.

Dios santo…

Aquellas chicas venían de la piscina.

Por lo tanto…

Por lo tanto venía la segunda parte del sueño de la señora Towers:

¡AGUA!

Mientras la angustia le atenazaba el pecho, James corrió a través de los parterres en dirección desconocida. No sabía dónde estaba la

piscina, pero tenía que averiguarlo. Tenía que averiguarlo… ¡antes de que fuera demasiado tarde!

Saltó unas zanjas.

Y unos setos.

Había una serie de cosas misteriosas en él.

Le parecía que era otra persona.

Como cuando vio morir a su padre.

O cuando su hermana Sybil se mató al estrellarse contra unas losas desde diez metros de altura.

De pronto oyó un chapoteo en el agua cercana.

La piscina tenía que estar allí.

¡Y alguien se bañaba en ella!

James subió las escaleras de cuatro en cuatro y se encontró ante la superficie negra. Las sombras de la noche hacían que aquello pareciese un lago de alquitrán. Pero el agua daba una gran sensación de frescor y Evelyn se bañaba en ella, alumbrada su figura por una luz lejana. Le saludó alegremente con una mano.

—James… ¿todavía estás aquí?

—Evelyn…

—No tengas miedo. Nado muy bien. Y desde que empezó el verano me baño todas las noches.

—Evelyn…

—Pero, hombre… ¿Qué pasa?

—¡Sal de ahí!

—No seas tonto… ¡Si se está muy bien!

—¡He dicho que salgas de ahí!

—Chico, ¿sabes que eres bastante estúpido? Vienes a verme una vez al año y encima me clavas una bronca. ¡Vete al diablo!

Y de pronto gimió:

—¿Pero qué haces?

Los acontecimientos se sucedieron entonces rápidamente.

Era todo como una pesadilla.

Como una alucinación.

Como aquellas cosas horribles que James veía cada vez que sentía el angustioso deseo de lanzarse de cabeza contra las paredes.

La muchacha gimió:

—¡No te lances al agua!

Y en seguida:

—¡Te has vuelto loco!

—¡No me empujes!

—¡Que me ahogas!

—¡Que no puedo salir, idiota!

—¡Por Dios, James!

—De… ¡déjame!

—Ja… ¡James!

—Dios mi… mi…

Y un gorgoteo.

Y el grito gutural de James.

Y el silencio.

El terrible silencio.

La muerte que es suave y siniestra a la vez.

El leve «chap, chap» del agua…

Cuando a James lo sacaron de allí sin conocimiento, su hermana acababa de morir ahogada. El escupía mucha agua también. La última imagen que tuvo de Evelyn fue la de un cuerpo muy blanco y muy pequeño. En silencio, dos empleados del colegio lo estaban arrastrando sobre la hierba.

Capítulo IV

LA Sombra de una Duda

Le habían puesto varias inyecciones y se sentía mejor. Podía verse en un espejo de la habitación y se daba cuenta de que ya no existía aquel brillo febril en sus ojos. No sabía cuántas horas habían transcurrido desde que lo sacaron sin conocimiento de la piscina, pero debían ser bastantes. Sobre los hermosos árboles del jardín de Walpole estaba amaneciendo.

De pronto una de las chicas apareció en la habitación. Era la que había empujado a la que quiso quitarse el bañador ante él horas antes. Un agente de Scotland Yard la acompañaba.

—¿Es éste? —preguntó tan sólo.

—Sí, señor.

—Muy bien; ya basta.

La chica, mientras miraba a James, susurró con una voz opaca que parecía la de una persona mayor:

—Lo siento; no he tenido más remedio qué decirlo.

Y desapareció.

Los dos detectives entraron entonces. A James le seguían pareciendo personajes de historieta, pese a lo dramático de la situación: altos, secas, vestidos con unas gabardinas que parecían haber sido compradas de segunda mano. Miraron a James con unos ojos inexpresivos donde había repulsión y a la vez pena.

—Nuestras leyes penales no te obligan a declarar, muchacho —dijo uno de ellos—. De todos modos tampoco vas a ser condenado, de modo que cualquier cosa que digas no te perjudicará. Explica lo que ha pasado con Evelyn.

Los recuerdos iban volviendo poco a poco a la cabeza de James después de su desvanecimiento. Tuvo que llevarse las manos a los ojos y se estremeció al recordar la conversación telefónica con la señora Towers. Mientras una serie de temblores convulsos recorrían su cuerpo dijo al fin:

—Algo la empujaba hacia el fondo de la piscina… Era una fuerza irresistible. Ella se debatía más y más… Yo me arrojé entonces al agua. Quería salvarla… ¡Juro que quería salvarla!… Pero Evelyn creyó que la empujaba yo… Se puso a pedir que la dejara… ¡Y yo sólo quería salvarla! ¡Juro que sólo quería salvarla!…

James se puso a llorar. Al fin y al cabo era un muchacho que había perdido todas sus fuerzas. Los dos agentes le miraron con la misma expresión de incredulidad mezclada de sorpresa, compasión y asco.

—Tonterías —dije uno de ellos— Tú la ahogaste.

—Le empujabas la cabeza hacia abajo.

—Eres un sucio asesino.

—Un jardinero oyó las voces desde lejos.

—¡La has matado!

—¡Has matado por segunda vez a una hermana tuya, perro sarnoso!

Le estaban zarandeando. No le pegaban porque al fin y al cabo James era un muchacho, pero le dejaban los dedos marcados en el cuello. Los dos se iban poniendo nerviosos, iban animándose como si pensaran ya en el tercer grado. James seguía llorando, pero se estremecía ante cada una de aquellas palabras como si fuera un latigazo.

—¡Les juro que intenté salvarla! —gimió—. ¡Me eché al agua por eso! ¡No sé nadar muy bien, pero lo hice pensando en ella! ¡Pensando solo en ella! ¡En ella! ¡EN ELLA!…

Sus ojos se habían desencajado. De sus labios escapaba una especie de espuma. Estaba a punto de sufrir una crisis parecida a un ataque de epilepsia.

Cayó rodando por el suelo.

Los detectives sintieron la casi irresistible tentación de patearle.

Pero en aquel momento una voz dijo desde el ángulo de la puerta:

—Déjenlo. No tienen derecho a hacer eso.

Los detectives se volvieron.

El hombre relativamente joven y bien vestido que estaba allí les envolvía en una mirada metálica.

—¿Quién es usted?

—Soy el doctor Ponar. Estoy oficialmente encargado por el juzgado de la curación de este muchacho al que conozco desde que nació. Dada su edad no es responsable criminalmente de lo que ha sucedido, de modo que la policía debe dejarlo en paz. En todo caso, las únicas personas que pueden intervenir son los siquiatras.

—Oiga, Ponar… A usted le hemos oído nombrar. Usted es amigo de la familia.

—Claro que sí.

—¿Se da cuenta? Estará dispuesto a mentir para salvar a este chico.

—Ser amigo de la familia significa que también lo era de las personas que han muerto —dijo Ponar con toda sensatez—. Si tuviera la convicción de que James ha hecho algo, lo odiaría con toda mi alma. Pero este muchacho es incapaz de hacer daño a nadie, y eso lo han dicho otros siquiatras. No es un invento.

—También han dicho que puede sufrir desdoblamientos de personalidad. Si Scotland Yard nos ha enviado precisamente a nosotros es porque entendemos algo de eso. No crea que nos va a engatusar con cuatro palabrejas.

—Nadie engatusa a nadie. Lo del desdoblamiento de la personalidad son simples mandangas. No hagan caso de eso.

—¿Entonces qué hemos de creer? ¿En la fuerza misteriosa que empujaba a la chiquilla al fondo de la piscina?

—Yo no lo sé. Deben averiguarlo ustedes.

—Sí, ¿eh? Pues vamos a hacerlo muy bien si usted sigue diciéndonos que este chico es San Francisco de Asís. ¡ES un maniático, un paranoico, un loco de atar! ¡Impresionado por lo que ocurrió con su padre, ya ha matado a dos personas y seguirá matando!

Las últimas palabras habían sido un auténtico rugido, James se llevó las manos a los ojos e intentó escapar.

Pero era inútil.

Le atraparon.

Esta vez fue golpeado, aunque los policías ingleses saben que tienen prohibido hacerlo. Lo clavaron de nuevo en la silla.

Le pusieron también unas esposas, pese a su juvenil edad. Y entonces empezó la auténtica pesadilla.

El interrogatorio que no terminaba nunca.

El cansancio.

La sed…

Sobre todo la horrible sed…

Doce horas más tarde, y a pesar de las protestas de Ponar, James aún estaba allí. Falto de la resistencia de un hombre, ya no era más que una piltrafa. Cuando lo sacaron de la habitación casi a rastras, supo que iban a acusarle de asesinato, aunque no se ocuparían de él los policías, sino los médicos.

Y no hubiera sabido decir qué era peor.

Porque de la cárcel se sale más o menos a fecha fija, pero del manicomio puede que no se salga nunca.

Y ése fue el camino de James.

El oscuro camino del dolor.

La ruta que no llevaba a ninguna parte.

CAPÍTULO V

«PARIS, JE T'AJME».

La radio del coche de la prostituta cara situada en una esquina de Pigalle y Beaux Arts desgranaba una serie de noticias de última hora. Decía que Kissinger iba a hacer un nuevo viaje a Oriente Medio; que el presidente Ford proponía un plan contra la inflación; que la capital de Camboya iba a caer en manos comunistas; que Onasis estaba muy mal de salud y que quizá Jacqueline se quedaría viuda por segunda vez, pero ahora forrada de billetes por todo lo alto. La radio decía también que al día siguiente habría un tiempo detestable en toda el área parisiense.

El joven que cruzaba en dirección a rué Pigalle se detuvo un instante cerca del coche, oyendo las noticias, quizá porque eso le recordaba cosas muy especiales que habían ocurrido en otro tiempo. Quizá porque eso le recordaba la radio de un coche patrulla captada en el jardín de la gran finca de Cornualles que ahora era suya. No hubiera sabido decir por qué, pero se detuvo ensimismado ante aquella voz.

La prostituta de lujo le miró.

Y le preguntó con la mirada; «Bueno, ¿qué?».

El pasó de largo.

Llevaba mucho tiempo sin ver a una mujer. Tanto tiempo que en realidad no había conocido íntimamente a ninguna, puesto que había entrado en la clínica mental antes de cumplir los quince años y había salido a los veintidós que tenía ahora. A esa edad las mujeres le daban miedo porque pensaba que notarían su

inexperiencia y se reirían de él. Eran un mundo lejano y prohibido.

El hombre le abordó entonces.

Iba con una mujer.

Y la mujer le recordó algo a James. No hubiera sabido decir en qué consistía, pero se lo recordó. Aunque la había visto sólo una vez, aquella cara estaba grabada en su memoria de una forma extraña, casi obsesiva.

—Usted es James Davenport —dijo el hombre.

Era alto, fuerte y tenía una sonrisa agradable. No inspiraba ninguna desconfianza. James también se había hecho alto y fuerte, pero había en él algo tímido, huidizo, como si las personas y las palabras le dieran miedo, como si él estuviera siempre al otro lado de un muro invisible.

—¿Cómo lo sabe? —musitó.

—No ha cambiado mucho. Además le ha reconocido Helen Clayton.

—¿Helen Clayton?

—Me ha dado la sensación de que usted también la conocía, James.

—Sí… Creo que la he visto alguna vez, pero…, pero no sé dónde.

Detenidos los tres en la esquina de Clichy, parecían unos turistas que se estuvieran interrogando sobre cuál podía ser el espectáculo más indecoroso de Pigalle. James se sintió avergonzado. Pero no podía apartar sus ojos de los ojos de aquella mujer bien torneada, alta, joven, con un toque de distinción que no se adquiere en cualquier sitio.

Con esa distinción especial que a veces solo saben tener las inglesas.

—Nos vimos cuando murió su hermana Evelyn —dijo Helen suavemente—. Yo era alumna de aquel colegio también. Estaba entre el grupo de chicas que se cruzó con usted… ¿recuerda?

Y rió quedamente. James se sonrojó ante el recuerdo porque se había vuelto más tímido que nunca. Por otra parte, recordó que la chica le había reconocido ante los inspectores de policía, pero que le había pedido disculpas luego. Todo aquello, sin embargo, parecían ser ya cosas de otro siglo. Todo aquello pertenecía a un mundo brumoso, lejano, donde las sombras se confundían y se

hacían imprecisas.

—Estamos parados aquí como unos tontos —dijo el hombre—. Venga conmigo. Vamos a tomar algo en un bar de los que quedan por ahí abajo.

Se metieron en un local pequeño, tapizados sus muebles en rojo sucio y cubiertas sus paredes por una madera *demodée* que había sido puesta en los buenos tiempos del presidente Lebrun. Una joven jamaicana exhibía sus encantos en la puerta y hacía oscilar un bolso comprado en Lafayette. París es siempre París, aunque los tiempos traten de hacerlo aburrido. Un «gigoló» en coche vigilaba la clientela. La mujer del dueño del bar, mientras limpiaba vasos aburridamente, pensaba en el cabrito de su marido y en lo que faltaba para la hora del cierre.

James dijo apuradamente:

—No crean que vengo de ningún sitio malo. Vengo de ver una película política que proyectan en un cine cercano a Blanche.

—¿Desde cuándo está usted en libertad, James? ¿Y por qué cree que vamos a juzgarle mal si trata de divertirse un poco?

—¿Cómo saben que estoy en libertad?

El hombre puso una cartera sobre la mesa. En ella había un documento de identidad con unas siglas que James conocía demasiado bien.

—Inspector Cassidy, de Scotland Yard —dijo el joven—, pero no se preocupe, porque no estoy en acto de servicio. Simplemente paso unos días de descanso aquí. Le he visto a usted por casualidad y he pensado que podía testimoniarle mi simpatía.

James se había puesto en guardia. Todos sus nervios estaban erizados. Con voz insegura preguntó:

—¿Su simpatía?…

—No hay razón para lo contrario. Consideré injusto que le encerraran a usted en una clínica mental durante tanto tiempo.

James cerró un momento los ojos. Sus dedos temblaban sobre la mesa y no se atrevía ni a beber. Preguntó inesperadamente:

—Usted de vacaciones… Muy bien. ¿Y Helen qué hace aquí?

—Nos hemos encontrado por casualidad. Está en París estudiando con una beca. Simpatizamos, ¿sabe?, pero eso es todo. ¿Dónde ha estado hasta ahora, James?

—No quiero recordarlo.

—Comprendo que le moleste. ¿Pero dónde ha estado su residencia durante estos años? ¿Cómo ha sido su vida?

—Oiga, además de ser policía no trabajará usted para ningún periódico, ¿verdad?

—Le juro que no.

—En fin… —James hablaba con voz pausada y como si recordara algo que había sucedido miles de años antes—. Me tuvieron en una clínica mental llamada Batham House. Un sitio que no era malo del todo, créanme… Instalado para gentes con dinero. Mi madre tenía el suficiente y enviaba lo que le pedían para que no me faltase nada. Pero el ambiente material importa poco en un sitio así. Lo que te va destruyendo día tras día es la presión moral… Ustedes, los que no han estado en un manicomio, no saben lo que es eso.

Cassidy movió negativamente la cabeza.

—No, no lo sé, ni puedo imaginarlo. Una cosa es ir de visita a un manicomio y otra quedarse allí. Pero en realidad, ¿de qué le acusaban?

—No tenía acusaciones concretas —musitó James—. En realidad era lo que se llama «un menor de edad penal». Aunque hubiese matado a media humanidad se me habría considerado irresponsable, pero aunque no iba a parar ante un juez podía ir a parar ante un médico. Y he estado años y años ante los médicos. Me han examinado desde todos los ángulos, desde todos los rincones y con toda clase de luces. ¿Sabe cuál era la sospecha?

—No, no lo sé —dijo lentamente Cassidy—. Pero, si eso le molesta no me lo cuente.

—¿Qué puede molestarme ya? Después de todo lo que he pasado, ¿qué daño pueden hacerme? De un modo u otro les voy a ser sincero: suponían que yo tenía un desdoblamiento de personalidad. Es decir, que podía ser un hombre razonable unas veces y un loco asesino otras. Imaginaban que en determinados momentos, de los que ya ni me acordaba después, había cometido dos crímenes.

Helen bebió un poco del licor que habían pedido.

Y musitó:

—¿Ponar no trató de sacarle de allí?

—Claro que intentó hacerlo. No sólo era amigo de la familia,

sino el médico que me cuidaba personalmente. Fue él quien, con enormes esfuerzos, consiguió convencer a los otros siquiatras de que yo no padecía ningún desdoblamiento.

—Pero no le soltaron —dijo Cassidy—. ¿Por qué? ¿Qué pasaron a imaginar entonces?

—Que tenía alucinaciones.

—¿Alucinaciones?

—Sí. Que veía personas u oía cosas que no eran de verdad. Por ejemplo ver a una persona aquí cuando está en otro sitio. O ver una persona viva cuando ya hace tiempo que está muerta.

Helen Clayton se estremeció.

No hubiera sabido decir por qué.

Pero de pronto había en el fondo de sus pupilas como una chispita de miedo.

—¿Personas que ya están muertas? —bisbiseó.

—Sí. O personas que uno ve cuando están en otro sitio. Por ejemplo verles a ustedes aquí, en París, cuando en realidad están en Londres. Pero es una tontería, ¿verdad? Nadie ve absurdos semejantes. Por eso decidieron soltarme al fin, porque un hombre que ve visiones, aunque las vea de verdad, no es peligroso. Ahora me encuentro bien, ¿saben? Muy bien —repitió nerviosamente, como si quisiera convencerse a sí mismo—. Podría vivir de renta gracias al dinero de los Davenport, pero me parece una indecencia hacerlo así. Buscaré trabajo.

—¿Dónde? —preguntó Cassidy.

—No sé… En cualquier sitio. Es igual.

—Diga, James: ¿qué hace su madre?

Los ojos se enternecieron un momento ante aquella pregunta y aquel recuerdo. James bebió un sorbo de licor como si necesitara aclarar la garganta para pronunciar un largo discurso. Pero luego dijo solamente:

—Está bien.

—¿Se conserva tan joven?

—Pues claro que sí… Más que nunca. Ahora debe tener unos cuarenta y dos años, pero parece como si tuviera treinta. Es una mujer admirable. Cuida de Davenport como si todos estuvieran vivos aún. Y sin embargo… —los ojos de James Se oscurecieron—. Sin embargo ha sufrido horriblemente. El marido muerto en un

horrible accidente, dos hijas asesinadas, el único hijo en el manicomio… Muy pocas personas hubieran resistido enteras esa terrible crisis moral. La vida de mi madre ha estado marcada por las llamas del infierno.

Y los ojos volvieron a adquirir otra vez una expresión muerta. Las llamas del infierno… En aquellos ojos estaba el pasado, estaba el mundo horrible que por suerte ya no iba a volver.

—Sí… —repitió James—. Mi madre es la única que realmente ha tenido motivos para volverse loca.

—¿Por qué no se ha casado otra vez?

—Porque respeta la memoria de mi padre.

—Pero el doctor Davenport murió junto a otra mujer…

—Lo recuerdo perfectamente —dijo James con brusquedad—. No hace falta que me refresque la memoria con aquello. ¡Lo recuerdo perfectamente!

Los dedos de James se habían crispado sobre el mantel. Tiraban de él. Había una terrible tensión en sus nervios, y detrás de aquella tensión quizá estaba la otra personalidad, la personalidad agazapada.

—No he querido ofenderle —musitó Cassidy—. Son cosas que decían los periódicos de entonces.

—No se preocupe; no lo ha hecho.

—¿Peter sigue enamorado de su madre?

—¿Cómo sabe que Peter estaba enamorado de ella?

Oiga… ¿es que sabe usted de mi familia más que yo?

Cassidy negó con la cabeza.

—Simple cuestión de memoria, ¿sabe? —musitó—. Sí, eso es… Memoria… Yo era un crío entonces, porque tengo una edad sólo un poco superior a la suya, James, pero me acuerdo de los informes que están archivados por los pasillos del Yard. Y se hablaba de Peter y de su amor romántico… Bueno, tonterías. El caso era que la policía sospechaba entonces de todos sus parientes, ¿sabe? Los que podían heredar.

—Ninguno de ellos sería capaz de hacer eso —dijo sombríamente James.

—¿Por qué no? Se jugaba mucho dinero…

—A veces pienso… —James volvió a retorcer nerviosamente sus dedos sobre la mesa—. Pienso que todo aquello no tiene sentido

humano, ¿comprende? Que se trataba de algo sobrenatural.

Y se puso en pie. Su mandíbula temblaba un poco. Hacía esfuerzos para mantenerse tranquilo, pero se le notaba a punto de sufrir una crisis.

Quizá no estaba curado del todo.

O al menos Cassidy lo pensó.

Pero dijo quedamente:

—Vaya al hotel, James.

—¿Cree que puedo sufrir otra crisis, verdad? —susurró el joven ansiosamente—. Piensa que *allí* no me han dejado bien…

—¿Allí es la clínica mental?

—No me haga caso… —James hizo un esfuerzo desesperado por mantenerse sereno, distante—. No, no me haga caso… Claro que me dejaron bien. No he vuelto a tener alucinaciones desde entonces. Sé el terreno que piso. A las personas que están muertas no las veo vivas, se lo juro. Ni a las que están en Londres las veo en París, por supuesto. Todo aquello ya pasó. Pertenece al pasado. Estoy bien, ¿entiende? Estoy perfectamente… Todo aquello pertenece al pasado.

Y volvió la espalda. Acababa de hablar con demasiado nerviosismo para que todo lo que acababa de decir fuese verdad. Pero cuando Cassidy pensó en eso, ya el otro había atravesado la puerta. Ya se lo tragaban las sombras. Ya estaba inmerso en la noche de París, que es una noche cargada de sueños secretos.

Nadie le siguió.

Porque, además, quizá no hubiera sido posible.

James se movía con la rapidez de esas sombras fantasmales que dibujan a veces los faros de los coches.

Y llegó a su hotel, que estaba muy cerca de la estación de Saint-Lazare. Subió a su habitación.

Debía ser ya muy tarde.

No se oía nada.

Pero James no se atrevía a mirar su reloj. Había momentos en que hasta su propio reloj le daba miedo.

Seguía avanzando como una sombra.

Los viejos pasillos alfombrados…

Las puertas cerradas…

Y sobre todo las sombras, aquellas extrañas legiones de sombras

conocidas o familiares. Las eternas sombras.

Por unos momentos, James tuvo miedo de sí mismo.

Como si la pesadilla fuera a volver.

Pero era absurdo, nada de aquello tenía sentido. Porque él estaba curado, curado del todo, tanto que había momentos en que no era capaz de recordar ni sus sueños de niños. Las alucinaciones no volverían jamás… jamás… Todo aquello pertenecía a un mundo remoto que ya no existía.

Introdujo el llavín en la cerradura de su habitación.

Y oyó una leve música en la contigua. La canción apenas se filtraba hasta la penumbra del pasillo. La voz ya extinguida de Edith Piaf cantaba lentamente más allá de las paredes el viejo «*París, je t'aime*».

James se encogió de hombros.

No le molestaba. Hasta, en el fondo, le gustaba aquella canción.

Pero la puerta se abrió entonces.

La figura de la mujer, ya anciana, se recortó en el umbral de aquella habitación contigua.

—Perdone —dijo—. No sabía que había alguien al lado.

—Llevo un día ocupando esta habitación —dijo tímidamente James…

—Cuánto lo siento… Desconectaré el tocadiscos. No quiero molestar a nadie aunque sea con una deliciosa canción de Edith Piaf.

—No se preocupe —dijo James con voz opaca—. No me molesta de ninguna manera, se lo aseguro. No me molesta, señora Towers.

Y entró en la habitación lentamente, cerrando a su espalda.

Capítulo VI

UN Quieto Mundo Antiguo

James no se dio cuenta hasta que hubo cerrado del todo. Hasta que estuvo apoyado en una de las paredes. De repente había notado que tenía la boca espantosamente seca y que el sudor resbalaba en cambio por sus facciones como si alguien le hubiera mojado la cara.

Casi arañó el aire.

Sus palabras repetían obsesivamente el nombre.

Señora Towers… Señora Towers… ¡Señora Towers!

Fue hacia la pared.

Todos sus nervios vibraban.

Pero su instinto de defensa, ese instinto que tenemos todos los seres humanos, se había puesto a funcionar en él. No era cierto lo que había visto. ¿O quizá sí? ¿Quizá la señora Towers estaba allí? Claro… ¿Y por qué no iba a haber viajado hasta París viniendo desde Londres?

A través de la pared oía aún muy bien la vieja desgarrada canción:

«Paris, je
T'aime»…

Bruscamente apretó los puños. Tomó una decisión. Tenía que convencerse de que había visto bien, muy bien. De que no era un maldito alucinado. Y tenía que hacerlo ahora. Hay momentos en que las cosas deben afrontarse cara a cara sin pensarlas dos veces.

Por lo tanto salió al pasillo. Llamó decididamente con los nudillos a la habitación contigua.

La puerta se abrió.

—Perdone, señora Towers —dijo él—, pero yo…

—¿Qué le pasa? —preguntó el tipo en pijama que estaba en el umbral—. Oiga, joven… ¿Cree que éstas son horas de gastar bromas? ¿O me obligará a avisar a la policía?

James abrió mucho la boca.

Pero no podía hablar.

Hasta respirar le costaba un terrible esfuerzo.

Balbució:

—¿Está usted solo?

—Ah… ¿Pero encima tiene el cinismo de preguntarme eso? ¿Qué le importa? ¿O qué cree? ¿Que encima tengo un plan?

James no supo responder. Su boca seguía temblando. Paseó una mirada circular en torno a la pequeña habitación, por encima de los hombros del tipejo.

Pero no había nadie más.

Ni rastro de la señora Towers.

Como si no hubiera estado allí nunca.

James balbució:

—Dios santo…

—¿Qué le pasa?

—Nada… Perdone. Nada.

Y se retiró un paso.

Las piernas se negaban a sostenerle.

El fulano del pijama dijo rencorosamente:

—Vuelva a molestarme otra vez y aviso a la policía. A ver en qué clase de hotel se cree que vivimos.

Y cerró la puerta.

James sintió que todo daba vueltas en torno suyo. Pero tenía que dominarse.

Entró de nuevo en su habitación mientras hacía un terrible esfuerzo para volver a respirar con normalidad.

Y casi lo estaba consiguiendo cuando de repente vio aquello.

Era una cosa que estaba encima de su cama.

Pero se trataba de algo absurdo.

Un vestido de mujer nada menos Y además un vestido de corte que ya no se usaba. Un vestido antiguo. Los dedos de James no se atrevieron ni a rozarlo. Porque lo recordó muy bien.

Había estado en los viejos armarios en otro tiempo. En los viejos

armarios de su madre.

* * *

El teléfono sonó cuando las calles de Londres empezaban apenas a animarse. Los Metros todavía no iban llenos y los coches de los oficinistas no empezaban a apiñarse aún en las calles de la City. James, que estaba despierto en la cama, lo oyó nítidamente y como si fuera un campanillazo dentro de su cráneo. Lo descolgó.

Era la voz tranquila de Ponar.

—Sentiría haberte despertado, James. Quizá es demasiado temprano, pero es que voy al hospital, donde tengo mucho trabajo, y he pensado que quizá no podría telefonearte luego.

—No se preocupe; estaba despierto.

—Me han dicho que acabas de regresar de París.

—Sí. Regresé anoche.

—¿Qué pasa? ¿No te sentaba bien?

—Al salir de la clínica mental me aconsejaron que me distrajese —susurró él—, pero París era excesivo. No me sentaba bien para los nervios, ¿comprende? No., no me sentaba bien.

La voz del doctor Ponar, apacible como siempre, le tranquilizó.

—Pues en ese caso has hecho lo que debías hacer. Y ahora, ¿dónde vas a vivir? ¿En el sitio en que tenía el despacho tu padre?

En efecto, James vivía allí. Paseó su mirada por la habitación mientras oía la voz. El apartamento constaba de dos habitaciones pequeñas que daban a Baker Street, como en las novelas de Sherlock Holmes. Los muebles estaban pasados de moda y el ambiente tenía algo de marchitó, pero James se sentía tranquilo allí. Al fin y al cabo aquel mundo había sido el mundo apacible de su padre, el mundo de las cosas que parecían negras y que luego no lo resultaron tanto.

—Pasaré aquí unos días, pero no sé cuántos —dijo ambiguamente.

—Celebro que hayas vuelto, James. Y me gustaría verte.

—A mí también. ¿Dónde quiere que nos encontremos?

—¿Qué te parece Marble Arch? Puede que disponga de una hora antes de meterme en el hospital. Charlaremos en algún *pub* y recordaremos los buenos tiempos. ¿Dentro de cuarenta y cinco minutos? ¿Qué opinas?

James Davenport opinaba que aquello de los «buenos tiempos» se lo acababa de sacar Ponar de la manga, porque todos los tiempos anteriores había sido malos. Pero ya se sabe que los siquiatras no le hablan a uno de las cosas desagradables, sino justamente de las otras.

—Estaré allí —dijo.

Y colgó para saltar de la cama y dirigirse a la ducha. Poco después salía a la calle. Le animó el hecho de que hiciera una espléndida mañana y de que no flotase el menor ambiente gris sobre las calles de Londres.

Era un magnífico ejercicio andar aprisa por la ajetreada City, ver las primeras tiendas que se abrían, los enjambres de empleados que acudían a su trabajo, bordear los carritos cargados de fruta traída de España, pasar por delante de las cafeterías en cuyo ambiente tibio la gente se tomaba el primer café malo, dirigía su primera mirada al trasero de las chicas y, encendía su primer «Craven». Aquella animación, mucho más sosegada que la de París, le tranquilizaba los nervios. Llegó a olvidarse de las pesadillas, del hotel quieto y oscuro, de la puerta cerrada tras la que sonaba el «París, *je t'aime*».

Notó que llegaba a la cita con un poco de anticipación.

Los coches bordeaban Marble Arch cada vez en mayor número, pero en ninguno de ellos llegaba todavía el doctor Ponar. James avanzó por la ancha acera mientras miraba en torno suyo. Y entonces lo vio.

Pero no era el doctor Ponar.

Era el escaparate de un anticuario de baratillo. En él se amontonaban esos objetos que nunca mueren, que han salido de no se sabe dónde. De algún oscuro sótano quizá. Objetos que recordaban las palabras de la señora Towers sobre la vida eterna, sobre los falsos difuntos que nos acechan en las esquinas, que nos vigilan y nos llaman en secreto.

Pero sólo uno de aquéllos, objetos llamaba la atención de James. Sólo uno. Era el tambor de juguete —pero juguete caro— que imitaba a la perfección los que usaban los Granaderos de la Reina. Estaba expuesto en lugar preferente. Y debía sonar mal porque en uno de sus costados había una hendidura.

James notó otra vez aquella cosa angustiosa: que le faltaba la respiración. Porque aquel tambor había pertenecido a una de sus hermanas muertas. Estaba junto a la cama, con otros juguetes, la última vez que lo vio. Y a pesar de los años transcurridos era el mismo, exactamente el mismo. James lo recordaba como si hubiese vuelto a aquel día, como si hubiera retrocedido en el túnel del tiempo.

Entró en la tienda.

Todos sus nervios vibraban.

El dueño, un fulano de tez olivácea, con pinta de libanes, le miró de soslayo.

—Buenos días, señor —dijo educadamente.

James gruñó:

—¿Desde cuándo están saqueando mi casa de Cornualles?

—¿Qué dice, señor?

—Nada que usted no pueda explicarme. ¿Ve ese tambor del escaparate?

—Claro, señor… Es un juguete antiguo y muy curioso. Ahora ya no los hacen con tanta perfección. Le costará dos libras.

—¿De dónde lo ha sacado?

—Oiga… ¡no irá a creer que lo he robado de algún sitio!

—Ese tambor perteneció a mi familia y estaba depositado en una casa de Cornualles de donde no se ha sacado ningún objeto que yo sepa. No es que le quiera acusar a usted, compréndalo… ¿Pero quién se lo ha vendido?

El libanés guiñó un ojo.

—Una chica estupenda.

—¿Dónde vive? ¿Podría verla?

—Supongo que sí. Recuerdo su dirección porque precisamente era muy guapa y uno siempre piensa… Bueno, en fin… Tonterías. La podrá encontrar usted en Walpole Street. Una casa pequeña, de un solo piso, señalada con el número doce.

—Gracias.

Y James salió.

Sus nervios volvían a vibrar como cuerdas de guitarra.

Nuevamente tenía aquella misteriosa sensación de que las cosas se habían puesto a girar en torno a su cabeza.

Fue a Walpole Street.

James buscó el número doce.

Era, como le habían dicho, una casa de un solo piso.

Llamó a la puerta.

Una chica de unos veinte años le abrió.

—Ah, hola —dijo.

—Ho… hola.

—Pasa.

El pasó. Se sentía aturdido.

James no sabía dónde estaba, y mucho menos al notar que ella Le trataba con tanta familiaridad. Pero pronto empezó a comprenderlo. La chica dijo:

—Los que tenéis hambre de mujer cada día madrugáis más. Pronto la buscaréis a una a la hora de los repartidores de los periódicos.

—¿Buscar? —dijo James—. ¿Yo?

—¿Tú no eres el que ha llamado hace un rato?

—¿Llamar?

—Bueno, no hagas tanta comedia. Hay tipos a quienes les gusta eso, pero a mí me aburre. ¿Me quedo vestida o te parezco poco incitante? ¿Prefieres verme vestida de calle? ¿Con zapatos altos o descalza?

James tragó saliva.

Balbució:

—Oiga, yo no he venido para eso.

—¿Pues entonces para qué has venido, so chorizo? ¿Para clavarme un sermón?

—Usted no me entiende. Yo he venido por el tambor.

Ella puso los brazos en jarras, con lo cual descubrió todavía más la audacia de su escote y la perfección de sus piernas.

—Chico, los hombres tenéis gustos increíbles. Hay quien me pide las cosas más extrañas, pero eso de hacerlo con un tambor no lo había oído nunca.

—¡A ver si nos entendemos de una maldita vez! —gritó él, sintiendo que una lucecita peligrosa se encendía en su interior—. ¡Yo no soy lo que usted piensa! ¡Yo he venido a saber de dónde sacó el tambor de juguete que vendió al anticuario de Marble Arch!

La muchacha, por fin, pareció entender. Los brazos cayeron sin fuerzas a lo largo del cuerpo, Con voz opaca musitó:

—No creerá que lo he robado, ¿eh? Aquello no valía nada.

—No me importa lo que valiera. ¿De dónde lo sacó?

—Me lo dio un cliente. A mí me gustan los juguetes. En el fondo soy algo niña, ¿sabes? Mira qué colección de muñecas. Mira, mira… Supo que yo tenía ese capricho y me lo trajo. Pero un tambor de esa clase no me gustaba. Era… era triste. Parecía haber pertenecido a una niña muerta.

James se estremeció.

—¿Quién se lo dio? —preguntó con voz tensa—. ¡Quiero el nombre de ese cliente! ¡Y lo quiero AHORA!

—Está bien… está bien… ¡No chilles tanto, macho, que tú no has venido aquí a traer ni Un penique! El cliente se llama Nolan. Y vive en el 211 de Oxford Street, pero no sé si le encontrarás ahora. Sobre todo, si le encuentras, no le digas que te he enviado yo. Aunque es soltero y no tiene que dar cuentas a nadie, no me lo perdonaría.

James fue hacia la puerta. Ya no necesitaba seguir allí.

Fue al 211 de Oxford Street, en el centro comercial de Londres.

La casa era vieja. Una de las pocas que ya quedaban en la calle. Un portal estrecho y tortuoso llevaba a los buzones donde estaban escritos los nombres de los inquilinos.

Vio el que le interesaba: «J. NOLAN. 2.º piso».

Subió sigilosamente.

Vio la puerta, que estaba en un descansillo donde apenas había resquicios de luz. Oprimió el timbre Y entonces un hombre le abrió.

Pero no era Nolan.

James lanío un gruñido.

Conocía muy bien aquella cara.

Aquellos ojos asustados.

Aquel cuerpo que parecía tambalearse.

El cuchillo se hundió hasta el fondo del cuerpo del hombre.

Se clavó hasta las cachas.

La hoja de acero atravesó el corazón de parte a parte, con un «CHASK» siniestro.

CAPÍTULO VII

EL LARGO BRAZO DE LA LEY

Los dos auxiliares retiraron el cuerpo que hasta entonces había estado en la mesa de autopsias para llevarlo a la monumental «nevera» de la Morgue. El doctor Sullivan se quitó los guantes tintos en sangre, los puso bajo el chorro del agua y vio con la mirada perdida como una especie de tinte rosáceo y viscoso iba llenando el fondo del lavabo. Luego empezó a lavarse él mismo con gesto de cansancio mientras miraba al inspector Cassidy y a su inseparable Helen, la mejor policía femenina de Scotland Yard. De una forma imprecisa, lejana, como si ambos fueran habitantes de otro planeta, pensó si se acostarían juntos. Pero algo le dijo que no. Se encogió de hombros.

—Bueno, Cassidy —dijo mientras tomaba la toalla—. Ya lo ha visto.

—Sí. Una puñalada certera y al corazón. Muerte instantánea. Una autopsia de ésas en que ustedes escriben: «SIN PROBLEMAS».

—Los problemas son para usted, Cassidy.

El muerto era Peter —dijo Cassidy lentamente—, uno de los parientes cercanos de los Davenport. Un pobre tipo que había estado toda la vida enamorado de la madre de James. Y que ahora, por fin, después de largos años de viudez de ésta, iba a casarse con ella.

Encendió un cigarrillo. Con voz que no parecía reflejar el menor interés, pero que en realidad era tensa, susurró:

—Parece fuera de toda duda que la puñalada la asestó James, ¿no?

—Eso está fuera de toda duda, en efecto. Además lo encontramos junto al cadáver.

—¿En qué estado?

—Bien… Eso se lo puedo decir yo porque vivo muy cerca, casualmente, y me llamaron con urgencia para ver si podía atenderle. Tenía una especie de ataque epiléptico. Estaba casi sin sentido y decía cosas incoherentes. Los ojos se le salían de las órbitas. Lanzaba chillidos cuando le preguntaban algo concreto. Le tuve que dar una inyección de pentotal y le tranquilicé. Desde entonces lo tienen ustedes internado. ¿Qué es lo que han podido averiguar?

—Es una historia muy extraña —susurró Cassidy—. Puede decirse que no tiene ningún sentido, pero sin embargo me la ha contado las dos veces de la misma forma. Y algunos detalles concuerdan.

—¿Qué historia es ésa?

—Parece que el médico de la familia, el doctor Ponar, le llamó bastante temprano y le dijo que quería verle. Eso resultaba muy normal, porque James había regresado inesperadamente de París y Ponar temía que hubiera sido a causa de alguna impresión desagradable que hiciera aún más difícil su curación. Quedaron citados en Marble Arch, y Ponar llegó allí con casi absoluta puntualidad; quizá con tres o cuatro minutos de retraso solamente. Pero James se estaba largando; Ponar llegó a verle mientras cruzaba la calle agitadamente. Fue a seguirle, aunque en coche eso era difícil: sé le perdería entre la multitud. Perdió unos minutos buscando un estacionamiento y trató luego de buscarle a pie, pero ya era demasiado tarde. James Davenport había desaparecido.

—¿Y hacia dónde se dirigía?

—Aquí empieza lo que relata él, pues el doctor Ponar ya no ha podido añadir nada más. Según el propio James, vio en un anticuario que existe en Marble Arch un tambor de juguete que había pertenecido a su hermana.

—¿Un tambor de juguete en casa de un anticuario? ¿Y para qué lo quería?

—Parece que se trataba de una pieza de cierto mérito, según el propio James. Su valor, según el anticuario, estaba tasado en dos libras. Pero hemos preguntado a ese comerciante y dice que jamás

tuvo una pieza así; y que, en efecto, en su tienda estuvo preguntando un joven como James (le hemos mostrado la fotografía), pero no por un tambor, puesto que no lo había. El comerciante ya no sabe nada más.

El forense hizo un gesto afirmativo.

Siguió hablando:

—Voy a continuar con el hilo del relato de James, puesto que no tengo más testigos. Según él, aquel anticuario le dijo que el tambor lo había comprado a una chica muy guapa que vivía en Walpole Street. James fue hacia allí. No recuerda el número, lo cual es bastante lógico dada su confusión mental. Pero, de todos modos, le hemos llevado a la calle en un coche y ha reconocido la casa.

—Vaya… Eso es importante. ¿Y qué hay allí?

—Nada.

—¿Cómo que nada?

—Se trata de un departamento para alquilar. Hay un diván, unas muñecas viejas, un cochinillo que sirva para meter las monedas ahorradas. En fin, es un apartamento de clase media baja. La dueña dice que lleva vacío casi un mes, y que durante esa mañana no lo ocupó nadie. Por lo tanto estaba vacío cuando James entró. Sin embargo él insiste en que vio a la chica.

El forense entrecerró los ojos.

—Siga —musitó—. Hasta ahora el cuadro clínico es bastante completo. Me voy haciendo una idea.

—A partir de este momento las cosas se hacen más trágicas —musitó Cassidy—. Se tiñen de sangre. Según James Davenport, él sólo tenía una idea: saber quién había robado aquel tambor del dormitorio de su hermana muerta tantos años antes. La chica de Walpole Street, según su relato era una golfa bastante atractiva que le quiso ofrecer sus «servicios» profesionales, pero él se negó. Al fin acabó dándole la dirección de un cliente que era quien le había facilitado el tambor de juguete que ella vendió al anticuario. Ese cliente se llamaba Nolan y vivía en el 211 de Oxford Street.

—Donde fue asesinado Peter…

—Sí. Justamente donde fue asesinado Peter —dijo Cassidy como un eco.

—¿Sabía James que su pariente vivía allí? —susurró el forense.

—No tenía por qué saberlo, ya que ese joven había estado

bastante tiempo encerrado en una clínica mental donde no recibía más visitas que las de su madre y el doctor Ponar. Y ellos jamás le hablaron de los otros parientes; como Peter llevaba poco tiempo residiendo en Oxford Street, James podía muy bien no saber que aquella dirección era la suya. Pero es que, además, él no iba a buscar a Peter. Iba a buscar a un tal Nolan.

—¿Y vive algún Nolan allí?

Cassidy movió la cabeza negativamente de un lado para otro, con un gesto de pesar.

—¿Ha vivido?

Nuevo gesto negativo.

—¿Pues entonces qué buscaba James?

—Supongo que uno de los fantasmas creados por su cerebro. Porque voy a decirle otra cosa: el tambor que fue un juguete de su hermana muerta, seguía en la habitación tal como estuvo años y años. Nadie lo había tocado de allí.

—Infiernos…

—Pues bien: si el tambor no estaba en la tienda del anticuario, si la chica de vida alegre no existía, si en Oxford Street no vivía ningún Nolan, he de creer que todo eso fue una fantasía delirante de James Davenport. Él quería matar a Peter y «algo» en su interior fue desencadenando las circunstancias de forma que él llegase a matarlo, «pero como si no quisiera». Eso es lo más extraño y al mismo tiempo lo más fascinante de este caso: que James no quiere hacer lo que hace.

El forense hizo otro gesto afirmativo.

Seguía comprendiendo el hilo del relato.

Cassidy continuó:

—La verdad es que, aparentemente, yo lo tengo todo resuelto, ¿sabe? Ese chico tuvo tal crisis de horror al ver morir a su padre entre las llamas de un coche accidentado que su mente, que ya estaba enferma, acabó desequilibrada del todo. Antes, y pese a ser sólo un niño, había sufrido crisis depresivas espantosas, hasta el extremo de querer matarse. Por eso dormía en una habitación de paredes acolchadas. Pero tenía esperanzas de curación que se destruyeron cuando la horrible muerte de su padre. Desde entonces todo se hundió.

Dejó un momento de pausa para añadir:

—Mató a sus dos hermanas en lo que parecía dos accidentes. Uno de los crímenes, el ocurrido en la piscina, estaba tan claro para la policía que James hubiese ido a la cárcel por veinte años caso de ser mayor de edad penal. Pero no lo era, y por lo tanto se le envió a una clínica mental donde ha estado hasta convertirse en un hombre.

—¡Y con qué resultado!

—Sí —dijo tristemente Cassidy—. Con qué resultado… Pero lo que yo me pregunto es: ¿qué le puede impulsar a matar? Y eso es lo que cien veces se ha preguntado también Helen.

La joven detective, que hasta aquel momento había permanecido en silencio, inclinó un poco su atractivo busto sobre la mesa. Otra vez los ojos del forense fueron como puntas de lanza hacia las sugestivas formas de los senos. Y otra vez se preguntó ella cómo podían gustarle a un hombre que sólo veía formas muertas.

—Ese caso siempre nos obsesionó a Cassidy y a mi —dijo lentamente—. Fue algo que estudiamos con un interés casi enfermizo, pues, por un lado, James Davenport aparecía como un asesino cínico, calculador y absolutamente frío. Como el verdadero *criminal nato*, el hombre nacido exclusivamente para el mal. Y, sin embargo, este cuadro no concuerda con otras cosas: su aspecto aniñado, su amor a los animales y a las plantas, sus gestos tímidos, su falta de ambiciones materiales, su educación casi perfecta. Incluso es tan tímido que parece asexuado, pues jamás ha sentido deseos de ir con una mujer. Y ese hombre, ¿puede haber estado matando ya desde su niñez? ¿Puede ser el monstruo que las otras circunstancias nos presentan?

—¿Por eso fueron ustedes a París? —preguntó el forense.

—Sí. Queríamos verle en libertad, una vez salido de la clínica mental. París es un buen campo de observación porque allí encuentra uno el ambiente que le gusta, el que está más de acuerdo con sus instintos. Lo mismo se encuentra el ambiente superintelectual de algunas secciones de la Sorbona que el canallesco de según qué garitos. Si James Davenport albergaba la maldad en su interior, pronto se le notaría. Pero no fue eso lo que observamos.

—¿Qué observaron?

—Se pasaba la vida en las plazas, echando miguitas a las palomas —continuó Helen—. No iba a ver películas pornográficas

sino filmes de significación cultural o política. Le seguimos día y noche y observamos que daba limosnas a los escasos pobres que se cruzaron en su camino. Ayudaba a los ancianos a cruzar las calles. Cierta noche le abordamos para tener una impresión directa de él y nos dio la imagen de un joven de sentimientos absolutamente limpios. Tanto Cassidy como yo llegamos a la conclusión de que era imposible que hubiese podido cometer un crimen.

El forense alzó un poco las manos mientras gruñía:

—Por supuesto que ésa es la impresión que tiene que dar. ¡Pues claro que sí! Y él mismo está seguro de que no quiere matar a nadie. ¿No lo han entendido aún? A pesar de que Ponar lo niegue para defenderle, se trata de un caso claro de desdoblamiento de personalidad, Y hay algo en su inconsciente que yo veo con absoluta precisión: lo de la horrible muerte de su padre.

—Yo también pienso que todo arranca de ahí —dijo Cassidy—. ¿Pero por qué?

—En fin… A una persona normal aquello le hubiera causado una impresión tremenda, pero no decisiva. En cambio a él le hundió. Pero lo más importante no fue la muerte del doctor Albert Davenport, sino el hecho de que hubiera estado engañando a su esposa con otra mujer. Es decir, que hubiera estado engañando a la madre de James.

—¿Quiere decir que…?

—Sí. El la idolatra con toda su alma. Es el único amor de su vida, y seguramente eso explica el que no busque la compañía de otras mujeres. En su interior hay una ley según la cual ninguna persona tiene derecho a molestar a su madre y ninguna persona *tiene tampoco derecho a quererla*. El cariño de James es exclusivo y proviene, por descontado, de una mente enferma. Por eso odiaba a sus hermanas, ya que ellas le *podían quitar* el cariño de su madre. Por eso ha matado a Peter, ya que él iba a casarse con la viuda y por lo tanto *se quedaba en exclusiva con su cariño*. ¿No lo ven muy claro ahora? James cree que sólo él puede proteger a su madre, que sólo él la quiere, y que las otras personas sólo buscan hacerle daño. En especial Peter. En opinión de James, él la hubiera engañado también como la engañó su padre.

Después de estas palabras, el siquiatra guardó silencio.

Para él, el asunto estaba muy claro.

Sólo le faltaba añadir que esa clase de enfermos sufren alucinaciones y ven a personas que no existen, *pero que justifican* lo que ellos van a hacer. Sin embargo no lo dijo porque daba por descontado que Cassidy y Helen ya lo sabían.

Cassidy preguntó con voz opaca:

—He conseguido que me encargaran del caso de la muerte de Peter y he de tomar una decisión en seguida. ¿Cree que debo hacer encerrar a James?

—¿Dónde lo tiene ahora?

—En su casa. En observación.

—Mal hecho. Cuando se reúna el pequeño jurado, decidirán que hay indicios de culpabilidad contra él y pedirán que sea detenido y procesado. Es absolutamente seguro que a mí me llamarán a declarar como experto, y en ese caso diré lo que les he dicho a ustedes. Se trata de un asesino tanto más peligroso cuando más inocente cree ser. Su obligación, Cassidy, es tenerlo encerrado y esposado, a disposición de la justicia, antes de que vuelva a matar a alguien.

Cassidy hizo un gesto de impotencia.

—Si lo encierro, el doctor Ponar logrará sacarlo —musitó al cabo de unos instantes—. Lo ha estado haciendo durante toda su vida. Lo ha estado protegiendo siempre.

—No me parece tan extraño, puesto que Ponar lo vio nacer. Pero esta vez no conseguirá nada ya que el caso está muy claro y además James es mayor de edad penal. Deténgalo cuanto antes, Cassidy. Yo no puedo obligarle puesto que no soy su jefe; pero le doy mi consejo.

Cassidy se puso en pie.

—De acuerdo —musitó— lo haré.

Y salió con Helen.

El ambiente siniestro de la Morgue fue quedando atrás.

Helen, mientras se disponían a subir a su coche, musitó:

—Hay que ver. Ese pobre chico obsesionado por un recuerdo lejano y sin que le haya gustado nunca una mujer…

Tomó asiento ante el volante.

Cassidy murmuró:

—Bueno, yo no soy de ésos. A mí hay alguna mujer que me gusta…

Ella susurró mientras ponía primera:
—Pues te aguantas, macho…

CAPÍTULO VIII

EL METRO DE LONDRES

Cassidy sabía que el agente que estaba encargado de vigilar a James Davenport era Connally, un gran amigo suyo. Por lo tanto le telefoneó desde la primera cabina pública dándole instrucciones acerca de lo que tenía que hacer. Luego siguió hacia el hospital de Saint Mary.

El hospital de Saint Mary tiene una pequeña sección siquiátrica que suele estar bajo el control de la policía.

Veinte minutos después llegaban a Saint Mary.

Y lo que vieron les hizo comprender que los acontecimientos se habían precipitado en aquel breve intervalo de tiempo. Porque el agente Connally estaba a punto de lanzarse de cabeza contra las paredes. Cuando vio a su jefe tuvo una especie de ataque de furor.

Un par de enfermeras le rodeaban y trataban de calmarle. Connally se encontraba en plena crisis. Alguien habló incluso de inyectarle un calmante a base de morfina.

Clavó en Cassidy, su jefe, unos ojos extrañamente inyectados en sangre. Luego hundió los hombros con un gesto de impotencia. Parecía completamente aterrorizado. Mientras se dejaba caer en una silla murmuró:

—Cassidy, se me ha escapado.

—¿Qué, qué dices?

—Estoy avergonzado… No entiendo cómo he podido ser tan burro. En cuanto usted me deje salir de aquí voy a presentar mi dimisión.

—¡No me interesan las dimisiones ni las narices! ¡Lo que quiero

es saber dónde está ese loco! ¡Quiero saber qué ha ocurrido!

Connally lanzó una especie de gemido. Daba la sensación de que acabaría por derrumbarse de un momento a otro. Con voz velada susurró:

—En fin, ese tipo es el mismísimo diablo… Fíese usted de él. Parecía tan quieto, tan manso… Cuando usted me ha telefoneado diciendo que no le perdiera de vista, he entrado en su habitación y me he puesto a leer el periódico pensando no moverme de allí ni aunque empezara un terremoto. Pero entonces el Davenport ese de las narices me ha preguntado si podía ir a los servicios. He dicho que sí. Y le he acompañado, naturalmente.

Cassidy tenía los puños apretados.

Masculló:

—¡Hasta ahora todo es normal! ¡Pero no entiendo cómo demonios ha podido huir! ¿Qué ha pasado luego?

—No se me ha ocurrido que los servicios tienen unas ventanas que dan al patio de luces por el que bajan los ascensores. Como estamos en un piso séptimo, he pensado que no se lanzaría al vacío ni mucho menos. Pero en los malditos ascensores no he pensado. JAMES no ha tenido más que deslizarse por la ventana cuando el ascensor que iba hacia abajo acababa de pasar por delante de ella. Ha puesto los pies en el techo y ha descendido también. Al llegar abajo ha debido tenderse del todo en ese techo, porque nadie le ha visto. Y antes de que el aparato se elevase de nuevo, cuando no había nadie ante las puertas, ha saltado al exterior por uno de los costados de la caja, dirigiéndose a la salida.

Eso es lo que ha tenido que ocurrir, porque de lo contrario no lo entiendo. El caso es que, maldito de mí, todavía le espero…

—A mí también me podía haber ocurrido —murmuró—. Tú no sabías que ese hombre es muy inteligente y te has confiado. En fin… trata de olvidarlo. Yo lo buscaré por todo Londres. No escapará.

Y dio media vuelta.

Las palabras dirigidas a Connally habían sido tranquilizadoras.

Pero las facciones del jefe de detectives Cassidy estaban lívidas.

Como estaban lívidas las facciones de Helen.

—Vamos —farfulló él—. No podemos perder un minuto.

Y corrieron hacia la salida.

Fue el del ascensor el que oyó murmurar a Cassidy algo que luego explicaría a todos los periodistas de Londres, cuando la noticia corrió y la gente de la Prensa invadió el hospital de Saint Mary. Fue una especie de voz desesperada que sólo captó él:

—¿Pero dónde infiernos lo busco yo? Ese asesino loco, ¿dónde puede estar ahora?

* * *

James Davenport era lo bastante listo para saber un par de cosas: la primera, que le iban a acusar de asesinato en primer grado. La segunda, que había tenido una oportunidad para huir, pero que seguramente no tendría ninguna otra.

Por lo tanto se escondió bien. Sabía igualmente que esta vez el asunto sería aireado en los periódicos y seguramente se publicarían fotografías suyas. En consecuencia no se buscó demasiadas complicaciones para quitarse de en medio: fue el Windmill, el que había sido famoso *cabaret* cerca de Trafalgar Square y que ahora estaba transformado en cine más o menos «porno». Empalmó una sesión con otra hasta media tarde, hartándose de ver siempre la misma señorita en *deshabillé*, siempre los mismos desnudos y siempre la misma cama. Para su sensibilidad, aquello resultaba de un aburrimiento mortal. Caso de no estar sus nervios tan alterados, hasta se hubiese dormido.

Nadie se fijaba en nadie, y por lo tanto nadie se fijaba en él. Resolvió ser audaz. Lo que menos pensaría la policía era que se paseaba por la calle.

Tomó el Metro en la misma estación de Piccadilly.

Cambió de línea en Charing *Cross*.

Lo que le preocupaba más que cualquier otra cosa era saber dónde demonios podría dormir esa noche. Ir de un Metro a otro no tenía sentido, porque las estaciones acabarían cerrándose. Tenía que encontrar una habitación, pero no sabía cuál, porque todo estaría vigilado.

Por un momento pensó en ir a la estación Victoria, tomar un tren y llegar hasta su casa de Cornualles, donde encontraría a su madre.

Pero eso sería como entregarse a la policía atado de pies y manos.

Porque la casa de Cornualles era, sin duda, lo primero que vigilaban.

Se le ocurrió entonces, como medida desesperada, liarse con cualquier señorita de las que, más o menos, hacían la «carrera» por Haymarkett Street y sus aledaños. Ella le llevaría sin duda a algún apartamento que la policía no tendría controlado. Pero ¿qué iba a hacer una vez estuvieran juntos? ¿Cómo comportarse con una mujer, y en especial una mujer de aquella clase? Ése sólo pensamiento le repugnaba.

Su cabeza daba vueltas alocadamente.

Pero trató de comportarse con normalidad. En Charing *Cross* salió al exterior, anduvo a orillas del Támesis por un Victoria Enbankment siniestro y solitario, batido por las ráfagas de viento, y después de una larga caminata se plantó en las cercanías de Fleet Street, la calle de los periódicos. Tomó otro Metro allí, o al menos fue a tomarlo. Porque, una vez abajo, todo cambió.

Las cosas empezaron a ser distintas, o, mejor dicho, empezaron a ser COMO HABIAN SIDO OTRAS VECES.

Porque él estaba en el andén, esperando el próximo convoy, cuando sucedió *aquello*.

En apariencia todo normal.

El convoy llegó.

Las puertas se abrieron.

James fue a entrar.

Pero alguien le empujó casi para pasar delante.

Y aquel alguien dijo con voz inexpresiva:

—Perdone.

Y giró su cuerpo una vez estaba dentro, dándole por tanto la cara a él. Una vez así, y como queriendo disculparse de nuevo, le hizo una seña para que entrase.

Pero James no se movió.

La voz del hombre preguntó:

—¿No pasa?

James miró fijamente a Peter.

Los ojos quietos de Peter.

Vio todo eso mientras las puertas se cerraban.

El convoy reanudó su marcha.

La figura de Peter desapareció.

Y James quedó quieto. Permaneció inmóvil mientras sus rodillas temblaban. La mirada perdida en tanto mil zumbidos lejanos, mil chirridos metálicos parecían ir metiéndose a presión en su cerebro.

Retrocedió unos pasos.

No podía más.

Las piernas se negaban a sostenerle.

Se sentó en uno de los bancos, con la cabeza hundida, y entonces la voz dijo a su derecha muy quedamente:

—Hacía mucho tiempo que no nos veíamos, James. Se ve que ya no haces caso de las viejas amistades.

El volvió la cabeza.

Y sus ojos saltones se encontraron con los ojos inmóviles de la señora Towers.

Capítulo IX

Unos Pasos Hacia el Abismo

Curiosamente, y aunque a James hubiese debido darle miedo aquel encuentro, se sintió aliviado por el hecho de ver a la mujer. Una cara conocida, un rostro humano de *verdad* eran para él cosas que no tenían precio en un minuto tan terrible como éste. De una forma maquinal balbució:

—Dios mío…

La señora Towers sonrió dulcemente. Ya era una anciana y su sonrisa brotaba con cansancio, pero aún tenía calor humano. Mientras le acercaba una de las manos, balbució:

—Pareces muy asustado… ¿Qué te pasa?

—He visto a… a Peter.

—¿Peter? ¿Quién dices?…

—Usted le conoce, señora Towers.

—Ah, sí… ¿Te refieres a aquel pariente tuyo?… Ya recuerdo. Se iba a casar con tu madre, me parece. Tu pobre madre ya estaba destrozada por la soledad después de tantos años, y al fin y al cabo Peter le había idolatrado durante toda la vida. Nada más natural que esa boda, ¿no crees? Les enviaré un regalito.

James jadeó:

—Señora Towers, por favor…

—¿Qué te pasa? Dime, muchacho…

—¡Peter Esta Muerto!

Cualquier persona se hubiera impresionado ante aquella frase, puesto que James aseguraba haberle visto viajando en el Metro, pero la señora Towers no se afectó en absoluto.

—Bueno… —bisbiseó—. ¿Cómo sabes que está muerto?

—Me encontraron junto a su cadáver. Dijeron que lo había liquidado yo.

—¿Y… lo hiciste?

—¿Cómo puede pensar eso? ¿Por qué hay quien puede imaginar que yo soy capaz de matar a alguien?

—La gente es mala, James. Debieras saberlo.

—Por favor, señora Towers… ¡Lo único que me interesa es que le he visto! ¡He hablado con él!

—Muy bien, ¿y qué? ¿Cuántos años hace que me conoces?

—Toda mi vida.

—Y siempre te he dicho lo mismo: los muertos nos rodean y están con nosotros. Hay algunos que nos quieren; otros no. Lo que debes hacer es no dejarte arrastrar por los que no te quieren. Ésos te hundirían en las llamas del infierno.

James se retorció los dedos con desesperación.

—Por favor… —susurró—. Yo le juro que…

En fin, no te inquietes. Peter es de los que te quiere. Seguro que sí. Lástima que no hayas podido hablar con él, porque te hubiera dado buenos consejos.

—Señora Towers —murmuró—, yo no he matado a ese hombre.

—Lo *sé*, hijo, lo sé.

—Usted siempre me ha hablado de los muertos como si nos rodearan.

—Y así es, en efecto.

—Pero estamos en una estación concurrida… La gente que nos rodea es normal. ¿Se da cuenta? Todos van a sus trabajos o a sus casas. Todos están vivos. Aquí no hay nada de sobrenatural, salvo usted y yo. Usted y yo y nuestros malditos pensamientos. Nuestros malditos pensamientos, ¿comprende? ¡Quisiera librarme de ellos de una vez! ¡Quisiera arrancarlos de mi mente aunque fuera muriendo! ¡MURIENDO!

Hablaba en voz tensa, pero muy baja, de modo que sólo ella le oía. La señora Towers inclinó la cabeza con un gesto de comprensión. Luego puso sus manos en las de James, y éste las sintió tan terriblemente heladas que tuvo un estremecimiento.

—Señora Towers —dijo quedamente—, usted es una de las pocas personas que puede comprenderme, además de mi madre.

Siento no haber hablado antes con usted. Mc hubiese gustado hacerlo aquella noche que nos encontramos en París, se lo aseguro.

La anciana alzó la cabeza de pronto.

—¿París? —balbució.

—Sí. Hace muy poco.

—Pero, James… Eso no puede ser.

—¿Por qué no puede ser? ¿Por qué?

La señora Towers dijo quedamente:

—Yo no he estado en París nunca.

—¿Que usted no ha estado en… en…?

—No, James. Nunca.

Él se puso en pie.

—James, ¿adónde vas?

No contestó.

Echó a andar como un autómata.

Aprisa.

Cada vez más aprisa.

La voz pareció llegar desde un punto infinitamente lejano.

—James…, ¡tienes que volver! ¡James!

Pero él no se detuvo. Ninguna fuerza humana hubiera podido detenerle. Ninguna fuerza de un ser vivo.

Estaba en las escaleras mecánicas cuando una mano se posó en su hombro. Él se volvió. Pensó que la señora Towers le había alcanzado.

Pero no se encontró con sus ojos misteriosos, sino con unos ojos fríos, tranquilos y casi crueles. Unos ojos que no parecían mirarle desde el otro mundo, sino desde detrás de una reja.

Y eso que los tenía un hombre joven.

Un hombre al que recordaba vagamente, pero no sabía de qué.

La voz metálica del que le había detenido dijo con entonación casi burlona:

—¡Pero qué casualidad, James! ¡Todo el mundo buscándole por las calles de Londres y usted aparece tan tranquilo en unas escaleras del Metro! Pues sí que hemos estado de suerte, James… Por cierto, ¿no me recuerda? ¿Ya ha olvidado al inspector Cassidy, al que conoció en Pigalle?…

Capítulo X

Rostros en la Lejania

James no intentó huir. Casi fue un alivio saber que el brazo de la ley le había alcanzado. Casi fue un descanso saber que ya no tendría que huir, huir siempre, perseguido por las sombras.

Musitó:

—Cassidy…

—Venga conmigo. James. Le aseguro que le conviene —murmuró el detective.

—¿Venir? ¿En calidad de qué? ¿En calidad de detenido?

—Bueno, no hablemos de eso ahora —dijo Cassidy en tono conciliador, como si estuviera pensando que no hay que llevar la contraria a los locos—. Usted tendrá una montaña de cosas que explicarme y yo también, de modo que podemos hablar. Venga… Hay algunas viejas cervecerías aquí cerca.

Se metieron los dos en un *pub* lleno de humo, lleno de rostros abotargados, lleno de añejos recuerdos. El local tenía más de un siglo, y en él figuraba un retrato de la reina Victoria cuando todavía era una bonita damisela. Los dos se sentaron a una mesa ante dos jarras de cerveza, mientras las conversaciones crecían en torno suyo. A James Davenport le pareció increíble aquello; le pareció imposible que él, uno de los hombres más buscados de Inglaterra, pudiera estar junto al policía encargado de investigar la muerte de Peter. Porque Cassidy se ocupaba de lo de Peter, sobre eso no tenía duda alguna.

Y, al parecer, eso no le preocupaba en absoluto al detective.

Fue Cassidy el que le animó con una sonrisa.

—Ande, beba. Le sentará bien.

James bebió.

—Hábleme —dijo Cassidy suavemente.

—¿De qué?

—De lo que quiera.

—Oiga… Eso me lo hacían en la clínica mental. Me dejaban hablar durante horas de lo que quisiera, mientras *ellos* iban tomando notas. ¿Qué pasa? ¿Me sigue considerando todavía un loco de atar?

—Supongamos qué no es eso. Supongamos que yo solamente quiero conocerle un poco.

James se encogió de hombros.

—Sé que usted no me cree, pero yo no maté a Peter.

—Usted está convencido de que no lo hizo; James.

—Además de estar convencido, no lo maté.

—De acuerdo, entonces no me hable de eso. Hábleme de sus recuerdos, de las cosas lejanas, de lo que quizá no tenga sentido… ¿Verdad que hay cosas o caras de personas que le han aterrorizado muchas veces?

—Digamos que me han intrigado —musitó James—, pero una en especial.

—¿Cuál?

—La de una mujer.

—Es extraño. James —dijo amigablemente Cassidy—, porque usted no va con mujeres. —A ésa la vi hace años, muchos años, en un momento terrible.

—¿Qué momento?

—El de la muerte de mi padre.

Los ojos de Cassidy se entornaron, pero ésa fue toda la muestra de interés que dio. El resto de su expresión permaneció impasible.

—¿Se refiere a la mujer que estaba con él? —musitó.

—Sí.

—¿Qué ocurre Con ella?

—Pues… no sé. Son recuerdos muy confusos. Son cosas que quizá no tengan sentido alguno, ¿entiende?

—Claro que entiendo… Y por eso le he dicho que hable de lo que quiera. Le sentará bien. Hábleme de aquella mujer, si le parece. ¿Por qué la ha recordado?

—No sé… Ha sido una obsesión durante mucho tiempo.

—¿Quizá porque murió junto a su padre? ¿Porque ella era la mujer que estaba destruyendo un matrimonio?

—No, no es exactamente eso.

—¿Pues qué?

—Yo la había visto en alguna parte.

—¿Antes de la muerte, supongo?…

—Pues claro… la había visto, aunque no sé dónde. He estado dando vueltas y vueltas a mis recuerdos durante estos años, pero nada tiene sentido. No sé cómo explicarlo. Es una cosa que quizá he visto en un sueño y sólo durante algunos segundos. Tampoco puedo precisar dónde la vi. Pero fue en un sitio que… Bueno, no puedo recordarlo.

—¿Quizá un sitio donde usted iba con frecuencia? —apuntó Cassidy.

—Sí, tal vez sí.

—¿A qué sitios iba con frecuencia, Cassidy?

—¿Y qué importancia tiene eso ahora?

—Estamos hablando de cosas que no tienen importancia… En realidad puede decirse que lo hacemos sólo para distraemos o para conocemos los dos un poco mejor. Cuéntemelo.

—Bueno, pues… —James se mordía los labios mientras hablaba —. Yo iba, por ejemplo, a la escuela. Era el sitio que frecuentaba más.

—¿Quizá aquella mujer era una maestra?

—No, no lo era… En ese caso la hubiera recordado muy bien.

—¿A qué otros sitios iba? Al consultorio del doctor Ponar, supongo. ¿Verdad que iba al consultorio de Ponar? ¿Podía ser ella una de las enfermeras?

—No, tampoco podía serlo. Ponar sólo tenía hombres a su servicio en aquellas fechas. A esa mujer la vi… No sé, no puedo precisarlo.

James se iba poniendo nervioso minuto a minuto, conforme los recuerdos se alejaban de su mente. Cassidy lo notó y decidió no forzarle. Cambiando en parte de conversación, dijo:

—De un modo u otro, lo cierto es que usted la había visto antes.

—Sí.

—Pues es extraño.

—¿Por qué es extraño, Cassidy?

—Porque ella no era vecina de ningún lugar de las inmediaciones. He comprobado persona por persona las gentes que más o menos rodeaban la casa de Cornualles en aquella época.

—¿Por qué lo ha hecho, Cassidy? ¿Para investigar mejor la muerte de Peter? —Imaginemos que sí— dijo el joven fríamente.

—¡Qué tontería! La muerte de Peter nada tiene que ver con personas que estaban allí hace diez años. Absolutamente nada.

—Al contrario —dijo Cassidy—: esa muerte viene del pasado. Será mejor que no lo olvide.

Y se puso en pie.

—¿No me detiene? —farfulló—. Después de haber tenido la suerte de encontrarme, ¿va a dejarme ir?

—No puedo dejarle ir, James. He de detenerle, y crea que lo siento.

—¿Sabe que casi lo prefiero, Cassidy?

—¿Por qué?

—Porque así podré quitarme de encima todos esos fantasmas, todos esos aparecidos. Han llegado a ser una obsesión para mí. Sé que si continúo vagando por Londres un par de horas más, voy a volverme loco.

—¿Qué fantasmas?

—Peter… Peter, por ejemplo. Estaba en el Metro hace unos minutos. He hablado con él.

—Tonterías… Peter está muerto. Yo mismo vi su cadáver en la Morgue —dijo sombríamente Cassidy—. Su cadáver en la Morgue…, Y allí no le dejan a uno para que luego se largue a viajar en el Metro, ¿entiende? No le dejan. Lo meten a uno en un cajón a veinte bajo cero y lo olvidan. Peter aún está allí. Si eso ha de aliviarle sus pesadillas, puedo enseñárselo metido en su tumba de hielo.

—No… No quiero verlo. No lo resistiría.

James se iba poniendo más nervioso cada vez. Cassidy comprendió sin esfuerzo que estaba al borde de la crisis. Oyó que le preguntaba con voz trémula:

—Cassidy… ¿qué me va a pasar?

—No lo sé. Con franqueza, no lo sé.

—Me meterán en la cárcel, supongo.

—Es más que posible.

—Y mi madre lo sabrá…, Mi madre es capaz de suicidarse si recibe otro golpe de esa clase. Dudo que pueda resistirlo.

—Usted quiere mucho a su madre, ¿verdad?

—Es la única persona en la cual confío.

Cassidy se encogió de hombros suavemente.

—Sobre esto, ¿qué le puedo decir? —susurró—. Lo más probable es que le metan en una celda y le tengan incomunicado durante un tiempo. No quiero engañarle: las condiciones de vida son muy duras allí. Por supuesto, estará prohibido de momento que su madre o cualquier otra persona vengan a visitarle.

James dijo:

—Claro…

Parecía completamente resignado. Casi podía decirse que parecía completamente hundido.

Y de pronto su rostro cambió. Se hizo duro y tenso.

Sus manos, que estaban apoyadas en la mesa, volaron hacia Cassidy.

Éste se hallaba distraído en aquel momento, mirando hacia la puerta. Cuando notó que las cosas empezaban a cambiar, ya estaba rodando por tierra. James lo había empujado con todas sus fuerzas, aprovechando que lo tenía casi de espaldas.

E inmediatamente alzó una banqueta.

Se oyó un grito.

Cassidy no llevaba armas, pero además tampoco las hubiera usado. Miró a James como si no entendiese nada. Y de pronto pareció decirse que había cometido un error, que había considerado a aquel hombre como mucho menos peligroso de lo que era.

La banqueta se abatió sobre su cráneo.

Era de sólida madera de roble. Podía partirle la cabeza en dos, caso de alcanzarle.

Cassidy pudo esquivarla con un movimiento fulgurante. Rodó entre las mesas mientras se oían nuevos gritos. La banqueta se rompió en tres pedazos a causa de la fuerza rabiosa con que la había descargado James.

Pero si Cassidy había esquivado aquel impacto que bien pudo significar su fin, no pudo evitar en cambio el fantástico salto de James Davenport hacia la puerta.

O aquel tipo era una liebre, o el miedo le hacía ser más rápido que nunca. La puerta de cristales que había resistido incluso los negros días de la «blitzkrieg» de 1940, se partió en pedazos al chocar James con ella. Unos segundos después desaparecía entre las sombras de la noche.

Y tuvo suerte esta vez.

Porque había niebla.

La noche se lo tragó.

James desapareció en ella como desaparece una pregunta que nunca tendrá respuesta.

Capítulo XI

La Procesion de los Espiritus

Cassidy, que había salvado la cabeza casi por milagro, se puso en pie y corrió hacia la puerta unos segundos más tarde. La gente aún no sabía lo que había ocurrido y le miraba estupefacta. El dueño del *pub* gritó:

—¡Los cristales! ¡Mi padre los puso ahí hace cincuenta años!

Y era verdad, pero Cassidy ya no podía evitar el desastre. Corrió hacia la niebla Un *policeman* que había oído ruidos extraños salió de entre ella como un muerto podía salir del fondo de su fosa.

Le conocía.

—¿Qué pasa, inspector Cassidy? —gritó—. ¿Quién huye?

Cassidy no contestó.

Mientras tanto James corría alocadamente en dirección a unas luces lejanas donde sabía que había una parada de taxis. Consiguió llegar allí jadeante y con las piernas reventadas, pues la carrera había sido demasiado rápida para él, pero aún quedaba un vehículo en la parada. Se metió en él mientras el miedo le dominaba ya por completo, mientras sentía que la niebla, la soledad, el silencio, se hacían más densos y agobiantes en torno suyo.

—LlévEME al principio de Regents Street —pidió.

El principio de Regents Street equivalía a decir Picadilly Circus, donde él corría bastante peligro de que le reconocieran. Pero era un riesgo calculado porque, mezclado con la gente, pocos se fijarían en él. Una vez llegado allí, se apeó del taxi, se metió en el Soho, deambuló unos minutos por las calles solitarias, donde los últimos restaurantes estaban cerrando ya, y tomó otro taxi con el solo

objeto de desorientar a cualquiera que le siguiese. En aquel segundo vehículo se hizo conducir a Taviton Street, en las cercanías del Museo Británico.

Y una vez allí echó a andar de nuevo.

La desesperación le dominaba.

Hasta ahora todo le había salido bien, pues lo cierto era que estaba libre después de haber sentido en sus espaldas las zarpas de la policía, pero aquel milagro no se produciría demasiadas veces más. O encontraba en seguida un sitio donde cobijarse o acabaría cayendo. No se puede estar deambulando toda la noche sin llamar la atención de la policía en una ciudad tan bien organizada como Londres.

Al fin decidió correr el riesgo.

Se metió nada menos que en el hotel Russell, un viejo establecimiento Victoriano y *demodée* que está en la plaza del mismo nombre. Encargó una habitación mientras pensaba que, diez minutos después, estaría allí la policía.

Pero no ocurrió nada. Su propia audacia parecía protegerle. Sin hacerle preguntas, le dieron una habitación discreta y silenciosa, con vistas a la plaza y a los árboles centenarios que se aburren en ella.

James durmió como un pirata borracho porque estaba reventado. Porque sus nervios ya no podían más. Y porque estaba seguro de que ésta iba a ser la última noche tranquila antes de que lo capturaran.

Pero no ocurrió nada.

Al menos de momento.

Pero antes de la noche las cosas habrían cambiado, de modo que decidió cambiar él también. Desde su habitación telefoneó a una serie de direcciones que encontró en el periódico que le pasaron por debajo de la puerta.

Eran pensiones y sitios donde alquilaban habitaciones a personas solas. Las dos primeras a las que llamó no le infundieron confianza porque le hicieron demasiadas preguntas. La tercera le pareció bien. Acordó que iría a instalarse allí antes de una hora. Naturalmente, dio un nombre falso.

Y, después de asearse, salió del hotel Russell. Abonó la cuenta sin que nadie se fijara en él. Por el momento todo iba saliendo

mucho mejor de lo que al principio hubiera podido imaginar.

Atravesó Leicester Square.

Entró en una cafetería a desayunar.

Compró todos los periódicos de la mañana.

Buscó su fotografía.

Nada.

Ni siquiera daban su descripción, y por lo tanto podía ir tranquilo. Se dirigió a pie hacia la pensión en que había alquilado habitación por teléfono, situada al otro lado del río, en el barrio de Chelsea.

Desde el otro lado de la calle, miró la casa.

Y le gustó.

Quizá demasiado clásica.

Una mujer muy guapa le abrió.

Acogió a James con una sonrisa.

Sin duda ignoraba que a éste le buscaban por asesinato en todo el país.

—Buenos días —dijo—. Usted debe ser el señor Foster.

—Sí. Soy… soy Foster.

—Bien venido a esta casa. Estoy segura de que se encontrará bien aquí. ¿No trae equipaje?

—Luego me lo traerán. Primero necesito saber si esto me conviene, ¿sabe? Aunque estoy seguro de que va a gustarme.

—Oh, claro que sí… Pase, pase, tenga la bondad.

—¿Qué clase de personas viven aquí? —preguntó.

—Casi todos son funcionarios. Gente amable, ya lo verá. También hay un par de artistas, unos jubilados… Pase. Ésta es la salita donde solemos reunimos. Como ve, da al jardín posterior de la casa.

James dijo:

—Gracias.

Y pasó.

Pudo ver la mesa adornada con flores. Pudo ver los cuadros de las paredes, que representaban paisajes pastoriles y pasados de moda. Pudo ver también unas butacas muy sencillas y las piernas de la mujer que estaba sentada en una de ellas.

Las piernas no tenían nada de sencillas.

James tuvo que fijarse en ellas por fuerza.

Su mirada fue ascendiendo hasta el borde de la falda. La mujer estaba quieta, como si no se diera cuenta de la muda contemplación. Luego los ojos de James subieron más aún, hasta el busto casi opulento, la barbilla fina, los labios plegados, los ojos muy abiertos.

Y lanzó un gruñido sordo.

Porque, de pronto, otra vez se abrieron para él los abismos del horror.

Otra vez se dio cuenta de que nada tenía sentido.

De que el Más Allá le rodeaba.

Porque la mujer, ¡era una a la que conocía muy bien!

¡A la que vio sólo una vez en un momento terrible!

¡A LA QUE VIO PEDIR SOCORRO ENTRE LAS LLAMAS DEL INFIERNO LA NOCHE EN QUE TAMBIEN MORIA SU PADRE!…

CAPÍTULO XII

NO SE ALARME SEÑOR FOSTER

James sintió que la boca se le abría espasmódicamente. Que no podía respirar. Sintió que todo daba vueltas en torno suyo y que todos los pequeños objetos de la habitación le pinchaban los ojos como agujas envenenadas.

Porque, en efecto, allí estaba la mujer que murió también en el interior del coche en llamas.

Nada menos que diez años antes.

Allí estaba el rostro que él creía recordar. La vieja momia que vivía otra vez. Que estaba casi hermosa, como aquélla macabra noche. Que parecía ofrecerle su eterna juventud de fantasma llegado del otro mundo.

James lanzó un gemido gutural.

Pero la mujer sentada en la butaquita no reaccionó.

La mujer que le había abierto la puerta también estaba sorprendida, pero demostró ser muy inglesa. Lo disimuló perfectamente. Con un hilo de voz se limitó a preguntar:

—¿Se conocían ustedes?

James balbució:

—¿Quién… es?

—La señorita Simpson.

—¿Vive aquí?

—Claro que vive aquí. ¿Y no le parece que es un poco rara su actitud, señor Foster? ¿Qué tiene usted contra la señorita Simpson? ¿Acaso no le parece bien que viva con nosotros en esta casa?

—Claro que me parece… bi… bien. No tengo nada… contra ella.

—Pues no lo ha parecido en el primer momento… En fin, quizá usted necesita tranquilidad, señor Foster, y en ese caso puedo asegurarle que la encontrará. ¿Quiere que le enseñe su habitación?

—No sé… si voy a quedarme.

—De todos modos véala, señor Foster.

—Bien —dijo—. Enséñemela.

—Claro que sí, señor Foster. Venga.

La mujer atractiva le acompañó por un oscuro pasillo, La otra, LA QUE HABIA MUERTO QUEMADA VIVA EN COMPAÑIA DEL PADRE DE JAMES, permaneció en la salita como si todo aquello la hubiera afectado muy poco. Una profunda sensación de irrealidad lo envolvía todo. Las manos suaves de la muerte parecían llegar desde más allá de las paredes quietas.

—Señor Foster…

—¿Qué?

—Ésta es su habitación; véala.

Y abrió la puerta.

—Unas agradables vistas a la calle —dijo la mujer—. Paredes empapeladas en colores alegres. Muebles juveniles y optimistas.

Los ojos de James pasearon por el recinto mientras ella hablaba y hablaba y hablaba elogiándole las bellezas de aquella habitación.

Unos ojos aterrados.

Una mirada patética donde se ocultaba algo que era ya cien veces peor que la muerte.

Porque allí no había ventana «con hermosas vistas a la calle».

Las paredes eran herméticas.

Porque allí no había muebles juveniles.

Sólo una silla de madera sujeta a la pared por medio de una cadena.

Y porque las paredes no estaban empapeladas.

No.

Estaban todas acolchadas. Como las del viejo dormitorio de James cuando era un niño. Como las de los locos peligrosos en las clínicas mentales. Como las que él tuvo cierta vez ¡en un tiempo que no quería recordar ya nunca!

Y sin embargo la habitación estaba allí.

La habitación acolchada como un sarcófago.

Las cuatro paredes blancas que amenazaban con tragarle.

James lanzó un gruñido gutural.
Se lanzó contra una de ellas.
Se estrelló:
La mujer que le había abierto balbució:
—¿Pero qué le pasa? ¡Tranquilícese, señor Foster!
Él no se daba apenas cuenta de lo que ocurría.
El mundo falso que tantas veces le había rodeado se volvía ahora real. Le envolvía. Le convertía en su prisionero y le devoraba en sus entrañas.
La hermosa mujer gimió:
—¡Señor Foster!…
Pero él ya estaba saltando hacia la puerta. Corría como un loco. Al cruzar la calle, un coche estuvo a punto de atropellarle.
Y era un coche que llevaba flores al cementerio.
James pensó que ojalá hubiera acabado de una vez con él.
Ya no venía de una corona.

* * *

Llegó como un borracho al otro lado de la calle. La gente le miraba, pero la flema especial de los británicos —que no es ninguna leyenda— hacía que nadie le persiguiese. James doblo la esquina de la mejor forma que pudo. En estas condiciones le costaba trabajo incluso el sencillo acto de tenerse en pie.
Y de pronto se detuvo como un alucinado ante aquel escaparate.
La tiendecilla no tenía nada de especial. Consistía en una puerta, un escaparate roñoso y un gran cartel. El cartel era lo único que llamaba la atención. Decía en letras azules: «Gran liquidación de zapatos restos de serie y temporadas anteriores».
Había algunos que eran prehistóricos.
Los precios resultaban tirados.
James sintió frío en la columna vertebral.
Un frío que no tenía sentido, porque debía estar sintiendo todo lo contrario.
Le envolvían las llamas del infierno.
Con pasos lentos y cansados, casi arrastrando los pies, fue a la cabina pública más cercana. Discó el número de New Scotland Yard. Lo conocía gracias a un programa de televisión que habían estado dando hasta poco tiempo antes.

Preguntó por el inspector Cassidy.

Daba por descontado que sería una casualidad el encontrarle.

Pero lo encontró.

La voz de Cassidy dijo amablemente:

—¿Quién es?

—¡James Davenport!

—¡Por todos los demonios, James! ¿Dónde está?

—Puede localizar la llamada si quiere, pero necesitará unos tres o cuatro minutos para ello. Lo siento. No pienso darle tiempo.

—Oiga, James…

—Mire, Cassidy, no nos perdamos en palabras. Si le llamo es porque creo en usted. Es porque quizá ninguna otra persona en el mundo me parece tan honesta, a excepción de mi propia madre.

—Gracias, Davenport, pero en realidad lo que quiero hacer es ayudarle. Dese cuenta de eso. Usted es un enfermo y necesita asistencia. Le pido una oportunidad para ir a su lado. Dígame dónde está y aguárdeme.

—No me encontrará. Tengo mi salida del país prevista por medio de un barco, pero usted no averiguará cuál es ni podrá impedirlo —mintió—. Todo depende ya de unos pocos minutos. No necesito la ayuda que me ofrece, aunque, cosa extraña, me siento inclinado a creer en usted. Le he llamado por otra cosa.

—¿Por cuál?

—He visto a la mujer que murió con mi padre.

—¿La del automóvil en llamas?

—Si.

—¿La que usted creía recordar haber encontrado antes en otro sitio?

—Sí.

La voz de Cassidy no se había alterado, como si diese aquello por natural, pero al fin estalló:

—¡James, no cree que va a volverme loco a mí también! ¡Todo eso es grotesco, es absurdo! ¡Usted no la ha visto! ¡Esa mujer no existe!

—Quizá, inspector.

—¿Por qué lo dice, de pronto, con tanta seguridad? ¿Por qué empieza a admitir que quizá no existe?

—Porque hay algo que me ha llamado la atención. Algo que ante

mis ojos la hacía no ser la misma.

—¿Qué era?

—Sus zapatos.

—¿Qué pasaba con sus zapatos? —farfulló.

—No eran de aquel modelo.

—¿Pero qué dice?…

—Lo he recordado al pasar por delante de una tienda donde se venden, o mejor dicho se saldan, zapatos de corte muy antiguo. Los que llevaba aquella mujer eran de esa clase. Los que llevaba ahora no lo eran.

—¡James… por Dios! Le juro que no intento localizar la llamada, pero no me cuelgue ahora. Dígame una sola cosa. En lo que usted menciona hay algo que no tiene sentido, absolutamente ningún sentido.

—Lo sé, inspector. No hay nada que lo tenga, pero para mí sí. Para mí, todo está cargado de sentido, aunque no pueda ligar unas cosas con otras.

—A ver si nos entendemos, James… Usted vio a esa mujer en el coche mientras las llamas la envolvían.

—Sí.

—Vio sólo sus brazos que imploraban ayuda y su cabeza.

—Sí.

—Por lo tanto no le vio los pies. Ni los zapatos.

—No.

—Infiernos… Vea que hasta ahora hablamos con rigurosa lógica, James. No nos apartemos de este camino. Olvide las otras cosas que está pensando y contésteme: ¿cómo Sabe entonces qué zapatos llevaba?

James vaciló un momento.

Pero al fin contestó:

—Porque además la debí ver en otro sitio.

—¿De cuerpo entero?

—Sí.

—¡Maldita sea, ahora al menos ya hay algo que tiene lógica! Siga ayudándome, James. Avancemos por ese camino. ¿Dónde la vio?

—Cassidy… Yo quisiera decírselo… Pero le juro que no puedo recordarlo… ¡No puedo recordarlo aunque me estruje la cabeza!

¡He estado dando vueltas durante años al mismo pensamiento sin haber conseguido nada!

—Pero ahora ha captado un detalle, el detalle de los zapatos…

—Sí.

—Ya es algo. Sigamos por ese camino, James. ¿De qué modelo eran los zapatos que calzaba aquella mujer?

—Con tacón un poco curvo. Y no muy alto. Exactamente los zapatos que se usaron durante algunas temporadas hacia 1960.

—Bueno… Más o menos corresponde con la época.

—Lo sé, pero es que…

—¿Qué, James? ¡Siga!

—Nada, no tiene sentido.

—¡Aunque no tenga sentido, dígalo! ¡Explique lo que piensa! No le importe si le parece una barbaridad *¡Dígalo!*

—Vi esos zapatos otras veces —susurró—, a lo largo del tiempo.

—¿En escaparates? ¿En revistas de modas?

—No. Si he estado años y años en una clínica mental, ¿qué escaparates iba a ver? Los he visto en mujeres.

—¿Enfermeras de la clínica?

—No los hubieran llevado. Los que yo recuerdo son zapatos de salón. Las enfermeras no los llevan en su trabajo.

—¿Pues entonces dónde?

—No lo sé, Cassidy… Por el Dios que algún día nos ha de perdonar… ¡No lo sé! ¡Todo esto es un recuerdo impreciso y que ME DA MIEDO! Pero aquella mujer los llevaba y los he visto en otras… ¡Y además todas ellas en el mismo sitio!

—¿Qué sitio, maldita sea?

—No lo sé…

Y colgó sin fuerzas.

Necesitó apoyarse en las paredes de cristal de la cabina. Todo aquello le parecía espantoso, como si se tratara de retazos de un sueño siniestro que iba uniendo en una noche de horror. Salió de aquella caja y respiró aire puro ansiosamente, calmando aquel horrible ardor de sus pulmones.

Poco a poco se fue sintiendo mejor.

Echó a andar.

Su cabeza se iba serenando mientras pensaba que quizá Cassidy habría caído en la trampa. Él había hablado de huir en un barco. Si

Cassidy había llegado a creerle aunque fuera en parte, haría registrar todas las embarcaciones que se alineaban en el Támesis, en especial los yates de recreo y los buques de pequeño porte. Ese trabajo le ocuparía al menos durante toda una jornada.

Y él podría huir mientras tanto por otro sitio.

Podría huir hasta su casa de Cornualles.

No para quedarse allí, puesto que la vigilarían.

Pero al menos para contarle a su madre lo que pasaba. Y para que ella le diera su consejo, su comprensión, Para que le sirviera de ayuda como en realidad le había servido siempre.

Fue a la estación Victoria y tomó el tren. Seguía teniendo suerte porque nadie se fijaba demasiado en él. Ni siquiera los policías que vigilaban la estación y que debían estar ocupados en otras tareas.

Aquella misma noche llegó a Cornualles, después de un transbordo para despistar a cualquiera que le siguiese.

Y fue a pie hasta la vieja casa.

James se sentía más fuerte cada vez.

Era como el animal que vuelve a su guarida y que capta los olores conocidos, que otea los rincones familiares donde puede acechar.

Quizá es entonces cuando el animal se vuelve peligroso de verdad.

Pero James no lo sabía.

CAPÍTULO XIII

LA VIEJA SALITA

Distinguió los torreones entre las sombras de la noche. En la vieja casa solariega apenas había unas cuantas ventanas iluminadas. La calma la envolvía como en realidad la había envuelto siempre.

El tiempo se detenía allí.

James avanzó mientras sus recuerdos se hacían más y más confusos. Mientras sus manos arañaban el aire.

Otras veces, mientras él estaba en la clínica mental, tras la muerte en la piscina de la última de sus hermanas, le habían permitido volver allí, pero siempre con un objetivo muy concreto: ser visitado por el doctor Ponar. El viejo amigo de la familia —aunque no tan viejo, pues ahora debía tener unos cuarenta y cinco años— había conseguido que, cada trimestre, James fuese conducido allí para tener una conversación con él en un ambiente que fuera menos opresivo que el de la clínica. De ese modo vigilaba sus progresos y estaba en condiciones de pedir la libertad del muchacho, cosa que finalmente había conseguido.

Por lo tanto no podía decirse que James hubiera estado ausente de allí durante demasiados años. Seguía conociendo la casa palmo a palmo. Seguía siendo su hogar y en cierto modo su guarida.

Fue a llamar a la puerta.

Pero lo pensó mejor.

Su madre tendría una sorpresa si le veía allí. Una agradable sorpresa. ¿Por qué no dársela? Su madre tendría una gran alegría si le veía, por ejemplo, sentado ya en la sala, en lugar de tener que saber por un criado que era su hijo el que había llamado a la

puerta.

James estaba animado de una alegría casi infantil.

Sí. Le daría una buena sorpresa.

La estructura y las costumbres de la vieja casa no habían variado a pesar de los años, por lo que James conocía el modo de entrar. En las cocinas siempre se dejaba un pequeño portillón entreabierto para que se ventilasen durante la noche, y por medio de una rama se podía alzar el pasador desde fuera. Él lo había hecho otras veces en caso de emergencia, y lo hizo de nuevo ahora.

Se coló entre la oscuridad caliente de la casa.

Su corazón latía aceleradamente al pensar en la sorpresa que le iba a dar a su madre. Él no se daba cuenta, pero parecía de nuevo un animal al acecho. Llegó a las solemnes escaleras.

Y subió por ellas.

El silencio le envolvía.

Penetró en el que había sido dormitorio de sus padres.

Y otra vez topó con el silencio.

Su madre debía haber ido a un espectáculo o a una recepción, puesto que no estaba allí. James apoyó una mano en la pared pensativamente.

Y oprimió sin saberlo el resorte eléctrico.

Pese a la vejez de la noble casa, había muchos adelantos técnicos en ella. Por ejemplo los grandes armarios de puertas corredizas se abrían eléctricamente. Y eso fue lo que ocurrió ahora: James, sin pretenderlo, se vio enfrentado a aquel universo en el que se mezclaban confusamente las vivencias de otro tiempo con las más actuales exigencias de la moda de hoy. Porque su madre era una sentimental que lo guardaba todo: a los vestidos que debía usar en aquel momento se unían los que usó en otro tiempo, los que habían significado algo para ella, los que eran simplemente un jirón más en el camino de sus recuerdos.

Deliciosa y sentimental mujer que aún creía en la importancia del pasado.

Y allí estaban, por tanto, los vestidos que James recordaba de otras épocas. Y estaban también los zapatos. Los zapatos que usó su madre cuando aún era más joven y bonita que hoy. Los… los zapatos que tenían todos la misma línea y que correspondían todos al mismo gusto. Porque todos ellos tenían el tacón alto y

ligeramente curvo. Tal como los zapatos que él había visto un millón de veces en sus dudas y en sus sueños, tal como los zapatos del misterio, tal como los que él recordaba envueltos en una nube de llamas y de sangre.

* * *

Sintió frío en los huesos.

No supo lo que le pasaba.

Pero era como un gran desconcierto, como un gran desengaño, un extraño miedo que le quitaba las ganas de vivir.

Y una sola pregunta se formulaba en su cráneo. Una sola pregunta que no tenía respuesta y que se resumía en cuatro palabras:

SU MADRE, ¿POR QUE?…

James abrió el balcón.

Aquel silencio y aquella soledad le ahogaban.

Necesitaba aire puro.

Todo daba vueltas en su cráneo, que se había convertido en un volcán. Pero los pensamientos no concordaban. El hallazgo de aquellos zapatos allí, podía relacionar a su madre con aquella extraña cadena de muertes. Al menos los pensamientos de James tenían un camino para ir en esa dirección.

Pero la mujer que murió en el coche no era su madre y también los llevaba. Aunque seguía flotando la pregunta de Cassidy: *¿cómo los había visto él si sólo tuvo delante la cara y los brazos?* Y además él los había visto en otras mujeres. Sí… Otras mujeres y en aquella misma casa. Ahora se daba cuenta. Los pensamientos se iban concretando, iban tomando forma… ¡habían sido otras mujeres en aquella misma casa!

¿Pero cuáles?

¿Y por qué?

Los pensamientos seguían tomando forma.

Ahora, al menos, iban en línea recta Los recuerdos se hacían precisos. Apuntaban en una sola dirección.

Y le enviaban un solo nombre. Y le situaban en un solo lugar: la vieja salita donde…, donde…

Fue a volverse.

Necesitaba ir allí.

Y en aquel instante vio la figura.

Estaba quieta en la sala.

Parecía haber surgido del aire, como un fantasma. Sus ojos taladraban el aire.

Eran unos ojos conocidos, que antaño significaron la salvación para él. Unos ojos que le dieron confianza Los del doctor Ponar.

El doctor Ponar avanzó lentamente.

Capítulo XIV

Historia Negra

Una leve sonrisa flotaba en los labios del médico. Era una sonrisa tranquila y cansada, ligeramente cínica. James permaneció quieto en el balcón, con la espalda apoyada en la vieja barandilla, mientras veía avanzar al hombre que en el pasado tanto significó para él.

—Ahora iba… —dijo con voz insegura—…, iba al sitio donde usted solía visitarme cuando me… me daban permiso en la clínica.

—Claro… —dijo Ponar con entonación burlona—. Pero, la verdad, es una lástima que empieces a preocuparte tanto por esas cosas, muchacho. Que des tantas vueltas al pasado… A veces eso puede ser peligroso.

—¿Por qué, doctor Ponar? ¿Por qué?

—Oh, por nada… Pero los recuerdos pueden molestar a alguien, ¿sabes? Sí, a veces los recuerdos llegan a concretarse bien y son muy fastidiosos. Sobre todo cuando uno habla de ellos a un policía listo.

—¿Qué policía?

—Vamos, hombre, no creas que soy tan idiota… Cassidy pudo haberte detenido cien veces y no lo ha hecho. Al contrario, te está acorralando. Está organizando grandes comedias solo para ti. Sabe por dónde va y necesita pruebas. Por eso *te está ayudando a recordar*.

—Le juro que yo no me he puesto de acuerdo con él, Ponar…

—Claro que no. Puede que no estéis de acuerdo, muchacho, pero eso poco importa porque llegaréis a estarlo. Y de algunas cosas no me digas que no te has dado cuenta.

—¿Qué… cosas?

—Ya que has pensado tanto, podías haber pensado en eso. James —dijo Ponar con expresión compasiva, como si hablara con un insecto al que se dispusiese a aplastar—. Por ejemplo lo de la aparición de la señora Towers en París.

—Ella dice que nunca estuvo allí…

—Claro que lo dice, pero miente. Y la razón es sencilla: trabaja para la policía. Cassidy ha logrado convencería. Es un tipo listo, ese marrano. El único de Scotland Yard que se ha dado cuenta de dónde estaba la verdadera pista.

—Por lo tanto, ¿yo no sufrí ninguna alucinación?

—Claro que no. Yo te seguí todo el tiempo y me di cuenta de lo que pasaba. Entre Cassidy, su amiguita la policía femenina, y un agente tripudo que luego fingió ser el huésped de la habitación, organizaron toda la comedia. Viste a la señora Towers y no la viste. Era como para acabar loco de verdad.

—¿Pero por qué hizo eso? —gimió James sintiendo que el sudor le ahogaba—. *¿Por qué?*

—Para ayudarte a recordar, muchacho, para dar con la pista que llevaría hasta el único culpable, una pista que solamente tú podías marcar… ¡porque Cassidy sabía que la tenías en el fondo de tu cabeza! Y él también dejó sobre la cama un viejo vestido de tu madre. Todo estaba encaminado a marcarte el camino de tu infancia y de tus recuerdos. Cassidy jugaba una carta fuerte, pero la jugaba bien.

Y con voz espesa añadió, avanzando un paso hacia el aterrorizado muchacho:

—«Peter», el resucitado al que viste durante algunos segundos en el Metro, no era más que un agente muy bien disfrazado. Caso de verle más tiempo te hubieras dado cuenta, pero… ¡todo fue tan rápido! Igual que el segundo encuentro con la señora Towers en el Metro desondres. Cassidy lo había preparado igualmente, dictándole lo que tenía que decir.

—¿Y… y aquella pensión a la que fui? ¿Aquella de la habitación con las paredes acolchadas?

—Fue otra treta de Cassidy, y además sencilla: sabía que estabas en el hotel Russell y que a los clientes se les pasa automáticamente el *Times* por las mañanas. Entonces él pagó en los anuncios de

«Pensiones», tres inserciones para que las colocaran en los tres primeros lugares. Cuando tú buscases un sitio para cambiar de escondite, era casi seguro que empezarías a telefonear por las primeras, como así sucedió. Y en las tres hablaste con la policía, aunque sin imaginarlo. Para darte confianza, en las dos primeras te plantearon problemas. En cambio, en la tercera todo estaba preparado: la habitación acolchada, la mujer disfrazada como si fuese la que murió junto a tu padre, y que Cassidy había reconstruido a partir de una vieja fotografía… *Todo*. De ese modo te estaba situando y centrando en el camino de los recuerdos. Sólo había de esperar a que tú le hablases, por lo cual se encontraba siempre junto al teléfono. Y su maniobra ha empezado a tener éxito. Tú has ligado cabos por fin. Por ejemplo, lo de los zapatos.

—Eso es cierto —musitó James mientras el doctor Ponar recogía calmosamente una de las lámparas con pie de hermosa madera tallada—. Los zapatos de ese modelo los llevaba mi madre, pero también las mujeres que estaban con usted cuando me visitaba en esta casa. Eran sus enfermeras, aunque no iban vestidas de enfermeras.

—Bueno… —dijo Ponar con una cínica sonrisa—. Supongamos más bien que eran mis amiguitas. Se las pasaba por las narices a tu madre para hacerla sufrir, aunque sin conseguirlo. En el fondo, yo siempre le he importado muy poco.

La voz del siquiatra se había hecho dura y tensa de repente. James balbució:

—¿Qué tiene que ver mi madre con esto?

—Nada… y todo. Pero quizá te sirva el detalle de que todas las mujeres que me viste tratar, incluso la que murió en el coche incendiado, eran un poco parecidas a tu madre. O mejor: *bastante parecidas*. Yo las elegía así y además procuraba que se vistieran como tu madre. Eso, en los zapatos, era fácil, porque tu madre fue fiel a un mismo modelo durante muchos años. ¿Qué quieres que te diga? Era como una ilusión, un modo de excitarme, una forma de conseguirla *a ella* un poco. Incluso la del coche, que era una de mis amiguitas, los llevaba así. Pero ahí empezaba justamente el peligro de tus recuerdos: tú la habías visto con esos zapatos y por lo tanto *fuera* del coche. O sea *antes* del accidente y en *otro sitio*. Un paso más y recordarías que la habías visto… ¡conmigo! Un hombre como

Cassidy llegaría en seguida a curiosas conclusiones a partir de ese dato: por ejemplo que yo la sacrifiqué para provocar aquel accidente, aquel incendio. Y no sólo para liquidar a tu padre sino para destrozar la vida de tu madre, que era mí único objetivo. ¿Vas entendiendo bien? Mi único objetivo estaba en convertir la vida de tu madre en un infierno. No sólo matar al hombre al que amaba, sino además… ¡demostrarle que la engañaba! ¡Que había muerto junto a otra mujer!

—Pero entonces… mi padre no la engañaba. Todo fue u… u… una trampa.

James estaba aterrado.

Toda aquella maldad no penetraba en su mente de muchacho que en el fondo seguía siendo un niño.

—No —dijo Ponar con la misma calma glacial—, no la engañaba. Yo lo preparé todo, desde el coche con una pequeña bomba de relojería en el depósito de combustible hasta la falsa llamada diciendo que tenía que atender a una paciente. El último detalle consistió en la chica haciendo auto-*stop* en la carretera durante el viaje de regreso de tu padre. Le había pedido que me hiciera ese pequeño favor sin hacerme preguntas de momento. Tu padre la conocía, puesto que sabía que era mi amiguita, y paró. La acompañó hasta la casa como ella le pedía. ¡Y entonces tu padre vio las llamas del infierno! Pero no iban destinadas sólo a él… ¡Iban destinadas también a tu madre!

Ponar se había excitado mientras hablaba. Su semblante casi siempre frío era ahora el de un poseído por el demonio. Gesticulaba, torcía los labios, hacía extraños gestos… La furia de sus propios recuerdos le dominaba. Con voz ronca siguió:

—Así fue… Porque yo quería convertir en un infierno la vida de tu madre. Matarla hubiera sido demasiado sencillo. Quería llevar mi venganza hasta el final, hasta el último límite humano, hasta convertir su existencia en un suplicio inacabable. Y la cadena siguió: después de la muerte de su marido en aquellas condiciones tan trágicas, tenía que pasar por la prueba de la muerte de sus dos hijas.

—Pero usted…

—Sí, James. Te cuesta creerlo, ¿verdad? Ya veo que no puedes ni hablar… Pero fui yo quien cortó aquella cuerda en el granero

cuando tú podías parecer culpable. Fui yo quien, sabiendo que tu hermana se bañaba siempre a la misma hora en la piscina del colegio, aguardé en el fondo de las aguas negras con un pequeño equipo de inmersión. Tiré de ella desde el fondo hasta que se ahogó… ¡Y tú estabas al lado! ¿Quién iba a imaginar la sencilla verdad? ¡Todo el mundo tenía que pensar que habías sido tú, un enfermo con antecedentes! ¡Un loco!

La voz se había hecho áspera. Rascaba el aire. La mano derecha que sujetaba el pie de la lámpara se agitaba convulsamente junto a James.

—Tu madre veía destruido todo lo que amaba —continuó Ponar arrastrando las sílabas—. Sólo le quedaba un hijo, pero hubiera sido mejor verlo muerto: estaba encerrado en una clínica mental y se le acusaba de dos horribles asesinatos. Mi venganza estaba alcanzando los límites de lo sublime. Era la más perfecta que se podía imaginar. La vida de tu madre ya era un infierno completo… ¡un infierno que había sabido crear yo solo!

Mientras avanzaba medio paso continuó:

—Pero la muy maldita aún no perdió la fe. Es extraño lo que pasa con un ser humano: tiene muchas más energías ocultas que lo que uno piensa. Tu madre siguió confiando en ti e incluso, pasados los años, prestó atención a un pobre hombre que la había amado siempre y le había sido fiel como un perro: Peter. La soledad de tu madre era angustiosa y al fin accedió a casarse con él. Era lo que me faltaba. Los celos me devoraban, y además tenía la oportunidad de asestar mi último golpe, el golpe que os hundiría a ella y a ti para siempre. Cuando tú volviste de París, te llamé y quedamos citados en un sitio que fijé yo mismo. Eso no era ninguna casualidad, claro. Por fuerza te fijarías, al llegar allí, en la tienda del anticuario, al que yo había dado una propina para que pusiera aquel tambor, sacado de esta casa por mí mismo, en un lugar preferente del escaparate. Era inevitable que entrases a preguntar, y entonces él sabía lo que había de decir: darte una dirección. Lo cumplió perfectamente. Luego me devolvió el tambor y yo lo dejé otra vez en su sitio.

—Pero, mientras tanto, yo había ido a ver a aquella chica… —balbució James.

—Sí, claro que sí. Era una casa desalquilada y que dos días antes

yo visité diciendo que quizá me interesaría. Aproveché una distracción para sacar un duplicado de la llave, y en el momento oportuno lleve allí a aquella golfilla. Puesto que había de estar una hora como máximo, no existía peligro. Ella también había cobrado espléndidamente por darte una dirección. Cuando tú te largaste: la chica levantó el campo y sé fue. Al salir más tarde —si es que lo sabía, porque la policía daña una mínima publicidad al asunto— que tú habías cometido un crimen en la dirección que te dio no me relacionaría a mí con el hecho de sangre. Pensaría que era la obra de un loco. Por otra parte, no le interesaba exhibirse ante la policía porque podían acusarla a ella de complicidad. La cadena quedaba rota. Y más aún por el lado del anticuario, que conocía la existencia de una chica, pero no la de Peter. Mi posición era segura… ¡y en cambio tú habías cometido otro crimen! Me bastó con lanzar el cuchillo desde el fondo de las escaleras, cuando Peter abrió.

Lanzó una risita ronca.

Sus ojos sí que eran ahora los de un loco.

Unos ojos que nunca había tenido el pobre James.

Éste gimió:

—Pero entonces usted está loco por… por mi madre.

—Lo estuve desde que la conocí, cuando era *miss* Inglaterra. Tu padre me la quitó, ¿no lo sabes? Y ella me despreció abiertamente, cosa que no le perdoné nunca. El deseo de venganza fue creciendo en mí, haciéndose poderoso, enorme al ver que, encima, ella era feliz con tu padre. Y que tenía un hijo tras otro. Cada uno de los frutos de aquel amor era para mí como una espina clavada en el cerebro. Sólo quien haya amado desesperadamente, el que haya amado más allá de la vida y la muerte sabe lo que es eso. Por lo tanto planeé mi venganza hasta el último detalle, hasta el último límite. Contaba para ello con dos ayudas: la primera, que había fingido seguir siendo amigo de todos. La segunda: que tú habías tenido ciertas crisis que precisaban la ayuda de un siquiatra. Y tus padres depositaron su confianza en mí…

Lanzó una risita ronca, viscosa. James le miraba aterrado sin comprender aún, sin ser capaz de penetrar en aquel mundo de horror. Pero una sola cosa estaba clara para él: ya sabía demasiado y Ponar iba a eliminarle. Era el último acto del gran drama. El ya no le hacía falta…

En efecto, Ponar lanzó un sordo gruñido mientras le empujaba con la base del pie de la lámpara. Como el choque fue casi brutal y James no era demasiado fuerte, su cuerpo vaciló al borde de la barandilla. No había podido prever aquello. No había tenido tiempo de ponerse en guardia. Dio una vuelta de campana mientras gemía. Su cuerpo vaciló en la noche. Quedó sobre las losas, dos pisos más abajo, con el cuello extrañamente torcido. Con el cuerpo espantosamente quieto…

Capítulo XV

LA Llamada del Destino

Ponar se frotó las manos satisfecho después de dejar el pie de la lámpara en su sitio. Nadie le podría acusar de aquello, puesto que nadie sabía que estaba allí. Y menos la madre de James, que se encontraba en un concierto. La policía pensaría con razón que James se había suicidado, lo cual era completamente lógico en un loco perseguido De modo que… ¡asunto terminado!

Salió tranquilamente y fue al viejo granero donde había muerto Sybil años antes. Aquello estaba lleno de recuerdos para él, pero no eran recuerdos malos. Todo lo contrario… Sonrió cínicamente mientras se acercaba a su coche. Lo había dejado encerrado allí al llegar porque era el sitio menos visible.

Abrió la portezuela.

Fue a subir.

Y en ese momento el aire fue atravesado por la voz helada.

—Ponar —dijo la voz.

Él se volvió.

Sus ojos helados sufrieron una sacudida.

Porque se encontró con otros ojos helados.

Con una boca que reflejaba desprecio.

Con una figura rígida y alta…

Cassidy dijo secamente:

—Mis servicios de protección han fallado, Ponar. Yo vigilaba esto porque sabía que James iba a venir aquí, pero no he podido evitar que usted lo arrojase por la ventana. El hombre que debía intervenir no lo ha hecho a tiempo. Ha sido nuestro único fallo.

Ponar sintió que algo temblaba en su interior, pero se rehízo. Toda su vida había disimulado y supo disimular también ahora. Además se sentía seguro porque Cassidy no tenía ningún testigo. Estaba convencido de ello.

—No sé de qué me habla —dijo—. Si James se ha suicidado, no es culpa mía. Un día u otro tenía que suceder. ¿A mí qué me cuenta?

—¿Suicidado? —pregunto Cassidy.

Hubo un temblor en los ojos de Ponar.

—¿Qué pasa? —musitó—. ¿Por qué dice eso?

—Porque, en todo caso, sería sólo una tentativa. No ha muerto.

La voz de Cassidy era fría, tranquila.

Cortaba el aire como un cuchillo.

Y lo peor era que decía la verdad. Ponar se convenció con sólo mirar sus ojos.

—No, no ha muerto —insistió Cassidy—. Lo acabo de comprobar ahora. Podrá recuperarse… y hablar.

Ponar sintió el frío de la muerte en sus huesos, porque sólo una cosa había fallado en sus cálculos: la caída que él creyó mortal, no lo había sido. Y, sin embargo, no se alteró. Tenía aún una buena carta para jugar, una carta que no fallaría. En su cinismo y en su sangre fría había algo de horrible, pero también de admirable al mismo tiempo. Con la voz tranquila de un *gentleman* susurró:

—Muy bien, Cassidy: atrévase a detenerme cuando ese loco hable. No tiene testigos de que yo lo haya lanzado por el balcón, y por otra parte las declaraciones de ese pobre tipejo serán las declaraciones de un loco. No tienen valor ante los Tribunales. Lo dice la ley claramente, y usted lo sabe mejor que yo. Ninguna declaración de un loco servirá para condenar a un acusado a menos que esa declaración concuerde en todo con los hechos. ¿Y qué concuerda, Cassidy? Reconozco que esta situación es peligrosa para mí y que me hubiera gustado evitarla, pero verdaderamente, ¿qué pruebas tiene?

—Puedo reconstruir los hechos —musitó Cassidy con la misma voz glacial.

—Lo que puede reconstruir son fantasmas. Sólo fantasmas. Y eso no sirve ante un jurado. Si se atreve a detenerme, saldré absuelto y usted hará el ridículo, Cassidy. Un ridículo espantoso ante todo el

país…

—Los fantasmas que yo reconstruiría tendrían dos bases —dijo el joven detective con la misma voz helada—. Una, las declaraciones de James cuando pueda hablar. Otra, el hecho de que usted estaba rabiosamente enamorado de una mujer. A partir de esa circunstancia, todo irá concordando.

Ponar rió silenciosamente. Se daba cuenta de que aquélla era una verdadera lucha entre cerebros, y esa clase de luchas le gustaban. Su posición le parecía cada vez más fuerte, incluso estando vivo James. Porque si Cassidy había de demostrar que él estuvo enamorado de la madre del muchacho… ¡iba listo!

—A veces la terquedad de la policía es ridícula —dijo suavemente—. ¿Cómo va a demostrar que yo amo a esa mujer si no es cierto? Ella misma lo negará. Desde que se casó, no le he dirigido ni un piropo. No la he mirado dos minutos seguidos. ¡Qué tontería, Cassidy! ¿Cómo va a demostrarlo?

—Tengo una prueba —dijo Cassidy con la misma voz glacial de antes—. Y lo curioso es que la tengo desde hace más de diez años.

—¿Queeeeeé? ¡Oiga, usted está loco de atar, Cassidy! ¡Le aconsejo que se convierta en mi cliente!

—Los técnicos atestiguarán que la madera fue cortada hace ese tiempo y que la inscripción también data de la misma época —murmuró el policía como el que da el dato de una fórmula algebraica—. Lo curioso es que la madera de ese árbol debía ser quemada por orden del padre de James, pero el propio James lo evitó por puro sentimentalismo. Jamás imaginó que con ello haría justicia un día. ¿Y sabe por qué ordenó talar y quemar ese árbol el padre de James? Porque había visto en él una vieja inscripción muy romántica, muy tierna, muy juvenil, pero que le molestaba. ¿Quiere verla usted también?

Y le mostró uno de los troncos que llevaban allí años y años. Un pedazo de madera ya casi venerable. En él había sólo unas palabras y una fecha: una palabra era el nombre de la madre de James La otra el nombre de Ponar. Y la fecha era la de 1960.

Ponar quedó sin habla.

Sin sangre.

Sin fuerzas…

Una especie de rugido escapó de su garganta.

Aquel golpe del destino no lo hubiera imaginado jamás. Nunca hubiera podido creerlo. Nunca… ¡NUNCA!

Las esposas cayeron en aquel momento sobre sus muñecas.

El oficial de Scotland Yard que había aparecido tras él gruñó:

—¿Sabe una cosa, Ponar? Hablan de restablecer en Gran Bretaña la pena de muerte, cosa que personalmente celebraría. Pero, aunque no la restablezcan, también tiene su miga pasarse la vida en una celda y acabar reventando en ella sin haber vuelto a ver la luz del sol. De modo que… ¡Arreando!

Se lo llevó de un brutal empujón.

Cassidy salió lentamente de allí mientras se ponía, con gesto triste, un cigarrillo en los labios. El coche le aguardaba fuera. Tenía un brillo quieto y charolado, puesto que acababa de insinuarse una fina lluvia.

Cassidy se introdujo en el coche.

Su novia y ayudante le esperaba en él. Porque era su novia, aunque ella tuviese la manía de no decirlo.

Cassidy dijo cansadamente:

—¿Por qué no me llevas a tu casa? Hace mal día para ir a otro sitio.

—Estás lleno de malas intenciones, macho.

—¿De veras?

—Mira, si quieres que me ponga blandita contigo tienes que jurar que me quieres para siempre. Tienes que grabar, por ejemplo, nuestros nombres en el tronco de un viejo árbol.

Cassidy gimió asustado:

—¿En un árbol? ¡No, eso nunca!

Ella le miró asombrada. Y puso primera con un gesto de desengaño mientras decía:

—Pues no hay para tanto. ¿Sabes qué te digo? ¡Que a los hombres no hay quien os entienda, chico!…

FIN



Francisco González Ledesma (Barcelona, 17 de marzo de 1927, 2 de marzo de 2015) fue un periodista, guionista de historietas y novelista español. Especializado en los últimos años en el género policíaco, fue considerado como uno de los principales impulsores de la novela negra de corte social en España, junto a Manuel Vázquez Montalbán. Bajo el seudónimo de Silver Kane publicó más de 1000 novelas, la mayoría novelas del oeste, aunque también escribió bajo los seudónimos de Taylor Nummy y Silvia Valdemar, así como novelas románticas como Rosa Alcázar y Fernando Robles, siendo su último seudónimo utilizado en
2007-08
el de Enrique Moriel para dos de sus últimas novelas.

El primer reconocimiento le llega en 1948 cuando gana, con Somerset Maugham y Walter Starkie en el jurado, el Premio Internacional de Novela gracias a *Sombras viejas*. Pero la obra premiada es censurada por el régimen franquista y se frustra el prometedor futuro del autor.

Coartado por la dictadura, González Ledesma empieza a escribir, bajo el seudónimo de Silver Kane, novelas populares para Editorial Bruguera. Desencantado de la abogacía, estudia periodismo e inicia una nueva etapa profesional en *El Correo Catalán* y, más tarde, en *La Vanguardia*, alcanzando en ambos periódicos la categoría de

redactor jefe.

En 1966 fue uno de los doce fundadores del Grupo Democrático de Periodistas, asociación clandestina durante la dictadura en defensa de la libertad de prensa.

En 1977, con la consolidación de la democracia en España, publica *Los Napoleones* y en 1983 *El expediente Barcelona*, novela con la que queda finalista del Premio Blasco Ibáñez y en la que aparece por vez primera su personaje emblema, el inspector Méndez. En 1984 obtiene el Premio Planeta con *Crónica sentimental en rojo* y la consagración definitiva.

Como abogado ha recibido el premio Roda Ventura y como periodista el premio El Ciervo. En 2010 se le otorgó la Creu de Sant Jordi por su trayectoria informativa y por la calidad de su obra, de proyección internacional.